

LA GUERRA DE SANDINO O PUEBLO DESNUDO

CAPÍTULO I

1

“¡Orden de parar el fuego! ¡Orden de parar el fuego!
¡Orden de parar el fuego!”.

Había que gritar hasta desgañitarse para que se pudiera oír. El fragor de los aviones hubiera sido de por sí bastante para ensordecir toda la tierra. Añádase a eso el tronar de las bombas. Bajaban chiflando las malditas y donde caían hacían una explosión de rayo de centella que se quedaba temblando el suelo como animal asustado. Reventaban las condenadas levantando una fuente de terrones y piedras —¡la pura laja hecha añicos!— y sólo dejaban cada una un hueco. Allí era bueno esconderse y parapetarse y darle recio a la balacera. Pero por lo mismo era difícil transmitir de hoyo a hoyo la voz de mando: dejar de disparar y reconcentrarse todos al Cuartel General.

El fuego de los sandinistas se fue callando lentamente del uno al otro sector del campo, en la redondez del monte empinado, hasta hacerse silencio general. En el “cuartel” no serían más de ciento treinta hombres los que al fin se reunieron. Era en una hondonada larga sobre la cumbre del cerro El Chipote, en un extremo de la cual había hecho construir el Comandante en Jefe del Ejército Libertador de Nicaragua una vasta enramada. A la altura a que volaban los poderosos aviones de la marina norteamericana no se distinguía el cobertizo con su techo de ramas.

Al otro extremo del largo hoyanco había una inmensa roca natural que muchas lluvias habían pulido y muchos soles habían rajado en Cruz. Allí había mandado colocar Sandino, simulando un tejaván, tejas laboriosamente traídas desde San Rafael. Debajo de las tejas, aquí y allá, el estratega nicaragüense había hecho poner medianas cargas de dinamita. Tal era el supuesto Fortín.

Sobre el Fortín enfilaban su puntería los aviones extranjeros. En el afán de clavarle alguna bomba, a veces bajaban temerariamente. Entonces era cuando la Fosforea y la Pica-Pica, las dos ametralladoras antiaéreas de Sandino, lograban horadarle las alas a los formidables pájaros mecánicos. Toda la mañana fue un diluvio de bombas enemigas. Los sandinistas, alejados de la cumbre y tirados sobre la falda fragosa del cerro abrupto, defendían la posición, listos a dispersarse en caso de que por algún flanco el enemigo los atacase en número superior. Los quinientos veteranos de Chateau Thierry y del bosque de Argona se mantenían a prudente distancia, sin embargo, en espera de que los aviones dieran buena cuenta del ejército “nativo”.

El combate había comenzado despuecito de haber aclarado. Los aviones se habían levantado con la neblina que toda la noche había dormido en el ancho valle del cauce del Segovia. En número como de cincuenta, volaban en formación uno tras otro a gran altura. Al acercarse a El Chipote se echaban boca abajo disparados, cada uno dejaba caer una bomba, y volvían a encumbrarse. Allá daban la vuelta y formaban un círculo que no había dejado de girar horas y horas. ¡Y sin poderle pegar al Fortín!

Hasta que por fin le dieron. La dinamita estalló. Las tejas volaron. Las pocas bestias que había en la enramada, entre ellas la mulita parda del General Sandino, ensillada

con la montura mexicana que le habían mandado los comunistas de México, salieron en estampida loma abajo y ni quién las atajase. Los yanquis las cogieron. Entonces fue cuando el General dio la orden de parar el fuego y de reconcentrarse.

EN LA ENRAMADA, grande como corredor de casa de hacienda cafetalera, mujeres encucilladas molían masa de tortilla en curvas piedras primitivas, excepto un grupo de tres que rodeaban el pequeño cadáver destrozado de un niño para quien el relincho de las bestias había sido mortal: pata de mula lo había destripado. Las tres mujeres estaban como hipnotizadas viendo el despojo lastimero. Las demás, que serían como doce, seguían moliendo. Y los yanquis aventando metralla desde sus aviones.

—¡Maldita puta que los parió! —exclamó un sandinista— ¡Como nada les cuesta el parque!

Había que gritar para hacerse oír. Sandino se explicó a gritos.

—¡Ni un disparo más hasta que yo dé la orden! ¡Al que dispare le cargo la cutacha! No enciendan ni un fuego, ni me fuman un puro! ¡Hagan de cuenta que nos mataron a todos! ¡Arrinconen las armas para que no les venga la tentación! ¡Coronel Umanzor, pase lista!

Los yanquis no cejaban en su bombardeo. Al Fortín le pegaron muchas veces más. Ya que el sol bajaba se retiraron los aviones. Las ametralladoras de tierra todavía siguieron disparando al azar sobre la falda del monte.

El coronel Umanzor rindió parte:

—¡Tenemos veintidós bajas, mi General!

—¿Heridos?

—Muertos todos.

—¡Pregunto cuántos heridos hay!

—Cincuenta y uno, mi General.

—Vea, coronel Umanzor, que no se nos quede ningún herido en el campo. Mande a recogerlos a todos.

Pero vea bien que no me recojan muertos. ¡Repita la orden!

El interpelado la repitió.

—¡Coronel Umanzor! Vaya a preparar todo para cumplir esta orden. Ya lo llamaré para que la ejecute. Umanzor se fue.

—¡Coronel Estrada!

—¡Presente, mi General!

—Tome usted los nombres de los muertos de hoy y apúntelos en el “Libro de los Inmortales”.

—Sí, mi General.

—¡Ejército! A formar, ¡form!

Había algunos heridos a quienes ya se les enfriaban las heridas y comenzaban a quejarse. Apenas unos ochenta hombres estaban ilesos.

—¡Ejército! ¡Firm! ¡Presenten..., arm!

La voz era de mando. Salía de una boca rasgada a la que le hacían guardia erecta dos hondas arrugas laterales. Salía de boca, pero venía de muy hondo, de más hondo que el cuello, de más hondo que los pulmones, de más abajo del estómago. Era una voz que hacía decir a sus soldados: “¡Güebos de hombre, los de mi General!”.

—“¡Ejército Libertador de Nicaragua! Este día, hermanos, nos hemos cubierto de gloria. Necesitamos que la victoria sea completa. Nos ha atacado el ejército más poderoso del mundo, y lo hemos batido. El plan es éste. Creen los mercenarios rubios que nos han aniquilado y es necesario que lo crean. Hoy ha llovido fuego y muerte sobre Segovia Santa. Creen los sicarios del avariento y codicioso Coolidge que nos han ahogado.

Creen que ya acabaron con Sandino y su ejército. Pero aquí estamos, invictos, ¡invencibles!”.

“¡Ejército! No hay que dar señal de vida. A la mañana volverán. Si dejamos los cadáveres de nuestros hermanos muertos, sin recoger, es para que se convenzan de que todos estamos muertos. Y cuando menos piensen, les caemos sin que estén prevenidos y que no quede uno con vida. ¡Ahora somos la Muerte viva, la Quirina enfurecida, los ángeles del Juicio Final, y esta victoria será la envidia de los ejércitos del mundo!”.

“¡Ejército! ¡Descansen..., arm!”.

EL CORONEL UMANZOR dividió a quince hombres en grupos de cinco y los dirigió a batir las faldas del cerro en busca de heridos.

La noche entera mantuvieron los gringos un tiroteo espasmódico. En todo el valle, al pie del monte, ardían sus fogatas. Del campo de Sandino no hubo ni una bala. Ni se encendió un fuego. Ni brilló la luciérnaga de un cigarro.

Con la noche entró la helada. Con la helada el quejarse en voz alta de los heridos, allá arriba, en la hondonada de la cumbre, donde los gemidos y lamentos, las imprecaciones y mentadas, se perdían en la clara y rumorosa noche tropical.

Había tortillas en abundancia, había sal, y frijoles en bala. Los que podían, comían pausadamente.

Bajo los luceros, grandes más que huevos de paloma, unos del tamaño de bombillos eléctricos, las tres mujeres del niño muerto lo velaban. Se les habían arrimado otras muchachas y algunos hombres.

Sobre un cuero de res que estirado con estacas se había secado al sol, Sandino se echó, envuelto en una frazada de lana roja por un lado y negra por el revés.

Como a la medianoche ya habían recogido a todos los heridos. Cirujanos improvisados, de filoso machete, emparejaban piernas o brazos destrozados.

El golpe tenía que ser recio y dado con el miembro que se amputaba colocado sobre una laja. Así se cortaba con nitidez el hueso, sin astillarse. El machete, al caer, hacía brotar chispas.

Las mujeres se despojaban de fustanes o se desamarraban rebozos, para vendajes. Lavaban las heridas con agua tibia y les aplicaban trementina. Cuando les parecía que había urgencia de cauterio, untaban leche de jiñocua-bo. A todos les daban cocido de cañafistola.

La fiebre hacía delirar a unos. Otros tiritaban de frío mortal. Los que se habían ido en sangre eran los más quietos. Los heridos de menos gravedad eran los quejosos: “¡Jodido! ¡Jodidooo! Ay, ¡chocho!”.

El coronel Estrada había apostado centinelas. El santo y seña de esa noche lo había tomado de la arenga de Sandino: “Segovia Santa”.

Sandino dormía.

En un grupo que aún tenía ánimo para hablar, se comentaba lo pesado de la jornada, se repasaban

incidentes aislados. “¡Güebos de hombre, los de mi General...!”.

AL PRIMER CLAROR de oriente los centinelas sandinistas no vieron desde sus escondites más que niebla en la vastedad del mundo, un mar de perla, de gris lucio. Arriba, en cambio, el cielo se cubría de tiernísimos colores. De entre la niebla salió el sol como un regalo de oro relumbroso que se exhibiese en algodones de joyería. Tras el sol la niebla fue subiendo, subiendo y desleyéndose, volviéndose finita como un humillo y evaporándose totalmente. Después del frío de la noche, el sol picaba en carne humana, por sobre ropa y todo. La ropa humeaba con el calor, y humeaban las greñas. El aire despejado se caldeaba pronto. Y con el aire cálido los ruidos familiares del día cobraban forma. El celeste iluminado se nublaba de zopilotes. Los pajarracos negros de vuelo sereno graznaban por encima de más de medio centenar de cadáveres humanos.

En la enramada, veintiuno de los heridos agonizaron durante la noche. Sandino, ya de pie y activo mucho antes del amanecer, ordenó que arrojaran los cadáveres entre los destrozos del Fortín. Allí llegaron los zopilotes, después de largos revoloteos en círculos cada vez más estrechos, cada vez más bajos, hasta descender, cobardones, cautelosos, y posarse en tierra, cerca de los muertos.

Con paso lento, torpe, moviendo estrafalariamente el horrible pescuezo de moronga, un sonchiche se acercó a uno de los cadáveres. De un brinco le saltó al pecho. Con el impacto del pesado gallinazo el cadáver se movió, y el animal, asustado, alzó estruendoso vuelo.

Otro zopilote ensayó el ataque. Uno más, en ruedo, le seguía. El nuevo zapador se detuvo junto a la cabeza del

muerto, examinándolo. De repente picotazo le reventó un ojo. Como ebrio, el asqueroso bicho picó otra y otra vez. Los que le seguían intentaron desalojarlo a empellones de hombros. De cobardones se volvieron feroces. Era una furia demoníaca la de esas aves. A ratos algo volvía a amedrentarlos y todos a un tiempo se echaban a volar dejando ver a los sobrevivientes que miraban desde la enramada, los estragos horribles de su voracidad.

A cada instante llegaban más zopilotes. Eran centenas y centenas. A picotazos deshacían las pobres ropas. A picotazos abrían los vientres túrgidos con gases de muerto, inflados como globos. A picotazos arrancaban entrañas.

A ratos un zopilote se alzaba con un largo trozo de tripa. Una bandada le seguía, peleándole en el aire la carroña. Así se arrebataban unos a otros el bocado, haciendo largo el macabro festín.

—Mi General: ¡yo no puedo ver que los zopilotes se coman a mi hermano!

Era un joven el que hablaba. La locura le brillaba en los ojos. Había tomado de la enramada un rifle, y apuntaba a los zopilotes. Antes de que pudiera disparar, la cutacha de Sandino le rajó la nuca. El muchacho cayó de cara, como partido por un rayo. La sangre le borboteaba. Con un temblor de canillas agonizó más aprisa que un pollo al que le han dado tortol.

Ya sobre El Chipote volaban los aviones enemigos.

—¿Quién más no aguanta seguir viendo? —preguntó fieramente el General.

Nadie respondió.

—Si no hago lo que hice —explicó ese jefe de hombres— ya los asesinos rubios se hubieran dado cuenta por el disparo de ese pobre hermanito enloquecido, de que estamos vivos. Nos liquidan a todos, ¡y adiós Nicaragua! ¿Han entendido? Yo siempre sé lo que hago. ¡Coronel Estrada, apunte este otro nombre en el Libro de los Inmortales!

2

Los aviones hicieron señas a los marinos de tierra, significativas de que no quedaban rastros de vida en la difícil cumbre. La zopilotea en las laderas del cerro lo confirmaba.

Entre los yanquis no se había registrado ni una baja.

Algunos marinos se divertían disparando al blanco sobre los zopilotes.

El enorme número de los pájaros les sorprendía a todos.

—¿De dónde infierno viene tanto pájaro diablo? —preguntó un altote.

—¡Pregúntamelo a mí, *buddy!* —le respondió un camarada.

—¡Vienen desde Tejas! —exclamó otro—. Yo les mandé aviso a Dallas de lo que íbamos a hacer con estos hijos de perra.

—Pues ya que acabamos a los bandidos, que nos regresen a casa pronto —comentó el que primero había hablado— pues mi madre no me crió para prepararles de cenar a esos pájaros feos.

Los oficiales invasores andaban atareados dando órdenes. Pronto levantaron las tiendas que habían tendido la noche anterior y en columnas de hombres fatigados se pusieron en marcha de regreso. En grupos saludaban a los aviones al divisarlos por algún claro de la montaña que iban atravesando.

Los oficiales iban montados. El coronel Hatfield, jefe de la expedición, se había apropiado ya de la mulita parda de Sandino y un ayudante suyo la montaba muy tranquilo.

Por el mediodía hicieron un alto los marinos en pleno bosque. El calor era insoportable. Los más se habían despojado la chaqueta y hacían aspavientos de asfixia.

Los aviones se habían retirado definitivamente. A su llegada a Managua los aviadores informaron que de Sandino y sus ciento cincuenta “bandidos” ya no quedaba ni uno.

El mayor general Logan Feland, comandante en jefe de las fuerzas norteamericanas en Nicaragua, envió al Departamento de la Marina en Washington un despacho cablegráfico conciso:

“Tras ruda batalla de dos días, destacamento de marinos dirigido por coronel Hatfield embotelló a Sandino y doscientos bandidos en que consistía toda su fuerza. El Chipote, abrupto monte que les servía de guarida, fue duramente bombardeado, destruyéndose enorme arsenal de dinamita. No queda sobreviviente bandido, habiéndose salvado sólo mula particular que Sandino montaba. De nuestra parte no hubo ni siquiera un herido”.

EN WASHINGTON el despacho fue inmediatamente transmitido por el secretario de la marina al presidente Coolidge, y por Coolidge fue dado a conocer de Kellogg, su secretario de Estado. Kellogg informó de ello a Stimson, contra cuya actuación en Nicaragua se había rebelado Sandino. Stimson fue quien les dio la noticia a los agentes de la prensa.

—Caballeros— dijo al recibirlos en el Departamento de Estado—, los he llamado para comunicarles que las fuerzas de marinos desembarcadas en Nicaragua en misión de buena voluntad para cooperar con el gobierno de ese país en el exterminio del bandidaje, han cumplido con su deber: El bandido Sandino y los doscientos cincuenta miembros de su pandilla han sido muertos en su guarida de El Chipote. Los marinos no sufrieron ni una sola baja.

Stimson era un hombre alto y delgado, narigudo, de cara larga, jicaruda; de ojos pequeñitos, estrechos. Vestía como un milor. Hablaba afectadamente. En sus modales dejaba traslucir la conciencia exagerada que tenía de su superioridad. Era abogado, había sido secretario de guerra en el gobierno del presidente Taft y tuvo el rango de coronel en la Segunda Guerra Mundial. En los corrillos de periodistas en Washington se detestaba a Stimson. El aniquilamiento de Sandino y sus secuaces significaba un triunfo diplomático de la administración de Coolidge y un triunfo personal de Stimson. Los representantes de los periódicos que habían censurado la política intervencionista de Coolidge y el resultado de la misión encargada a Stimson, recibieron con pesar el boletín oficial que les había leído este funcionario.

Desde el propio Departamento de Estado transmitieron el boletín a sus periódicos que horas más tarde publicaban la noticia con grandes encabezados, así:

Sandino y 300 Bandidos Aniquilados

Kellogg le dirigió al ministro de los Estados Unidos, en Managua, un telegrama, en el que le decía:

“Trasmita al presidente de Nicaragua las congratulaciones del presidente de los Estados Unidos con motivo de la extinción de Sandino y su bandidaje”.

Esta había sido la primera noticia que en la Legación yanqui en Managua se tuvo de la victoria del coronel Hatfield.

Porque entre el Alto Comando de los Marinos y la Legación Norteamericana no existían relaciones cordiales. El mayor general Logan Feland tenía una profunda aversión al honorable mister Charles E. Eberhardt, el representante diplomático.

Eberhardt era un solterón como de sesenta años. Había sido político de provincia en las filas del Partido Republicano. En Washington contaban que en premio a su labor por sacar senador federal a un discípulo suyo de escuela secundaria, se le había premiado con el nombramiento de ministro residente de los Estados Unidos en países tropicales. El oficio le encantaba porque, como solía decir, le daba una oportunidad de primera para velar sobre sus negocios particulares: tenía unos millares de dólares invertidos en bonos del monopolio frutero que explotaba los bananales del Caribe.

La principal virtud que tenía Eberhardt, desde el punto de vista del Departamento de Estado, era que jamás se

quejaba de su puesto. Adondequiera que se le despachaba —Panamá, Costa Rica, Nicaragua— iba con gusto. Procuraba hacerse de amistades. Bebía copiosamente, y se le notaba en lo soplado de los párpados y lo encendido de la nariz, pero como no perdía la cabeza y siempre bebía en grupo y pagaba los tragos, el vicio se le trocaba en buena cualidad. No fumaba, pero recibía frecuentemente magníficos cigarros “Corona—Corona”, legítimos habanos, y los repartía con largueza. Su ideal era no tener nada que hacer, mostrarse afable con todo el mundo, y ver que los negocios bananeros prosperasen. De ahí que se opusiera al envío de marinos a Nicaragua.

—Los nicaragüenses mismos pueden arreglar sus cuentas —argüía—. Y con esta ventaja para nosotros, que cuando es entre ellos el pleito, el uno al otro bando se hacen el mayor daño posible pero ambos se cuidan mucho de no molestar los intereses extranjeros. En cambio, cuando intervenimos, nos mira mal por lo menos la mitad de la población...

—En este caso particular —le había replicado Stimson, representante personal del presidente Coolidge— tengo las seguridades que me han dado los jefes de ambos partidos políticos de Nicaragua. Se trata sólo de eliminar a una pequeña banda de desaforados perniciosos.

Más que las palabras fue el tono de voz de Stimson, el aire de superioridad que se daba y las ínfulas que visiblemente cargaba lo que convenció a Eberhardt de que no lograría persuadir al emisario personal de su presidente.

“Aquí no lograrán”, le escribió Eberhardt a su amigo el senador, “otra cosa que hacer de un incidente secundario de política lugareña, un motivo de escándalo internacional”.

Así había sido en efecto. Eberhardt se ufanaba de haber profetizado rectamente. Más tarde, cuando salió a batir a Sandino la expedición punitiva comandada por Hatfield, Eberhardt había vaticinado que se enviaba a “un pelotón de soldados inexpertos a su muerte segura”.

La noticia de que Sandino y su banda habían sido aniquilados sin una baja siquiera de parte de los marinos, le causó profundo desagrado: había profetizado mal.

Tenía, empero, que cumplir con las instrucciones recibidas. Hizo anunciarse al presidente Adolfo Díaz.

Con Díaz estaba el candidato escogido por Stimson para presidente en las elecciones que los marinos harían. Era un quídam de apellido Moncada; calvo, de cabeza en forma de berenjena, de piel blancuzca, con ojos como de gargajo, rugoso de pescuezo; de estatura mediana y entrado en carnes, parecía estar borracho siempre. Eberhardt, a pesar de su bonhomía habitual, sentía asco por Moncada. Al encontrarlo en la presidencia hizo ligera mueca de desagrado.

Díaz, socarrón, y que tampoco le tenía simpatía a Moncada, observó el disgusto apenas velado del ministro yanqui. Por eso mismo aprovechó la ocasión para ver de acentuar más el natural distanciamiento entre Eberhardt y el tipo odioso que había de sucederle en el goce del sueldo presidencial en Nicaragua.

—Aquí todos somos amigos, míster Eberhardt —le dijo Díaz—. Usted no querrá que le guarde secretos a míster Moncada, ¿verdad?

En sus adentros Díaz abrigaba esperanzas de que Eberhardt le dijese que deseaba hablar a solas con él.

Moncada tendría que retirarse y lo haría rabiando.

Pero Eberhardt no se dejó sorprender.

—¿Secretos? —dijo—. ¡Oh, no! Entre amigos no hay secretos. Sólo entre los muertos, y todos aquí estamos vivos, muy vivos.

Acompañaba a Moncada un joven algo adiposo, de evidentes carnes flojas, con nalgas de mujer, de rostro bien parecido pero sin expresión de carácter, a menos que se le dé nombre de carácter a la más vacua complacencia.

—Míster Eberhardt —dijo Moncada—, le presento a mi sobrino el coronel Somoza. Estudió en los Estados Unidos y habla inglés.

—¡Muy interesante! —exclamó Eberhardt—. Pero muy malo para mí. Nunca aprenderé español. ¡Lástima! En Nicaragua todos hablan inglés.

Díaz hizo servir champaña.

—A mí que me traigan *whisky* —dijo Moncada—.

Un escocés, doble.

— Traiganle la botella —ordenó Díaz.

Eberhardt enseñó el telegrama del Departamento de Estado.

—¿Qué te parece? —le preguntó Díaz a Moncada.

—Pues que no lo creo. Yo conozco a Sandino. Los americanos no lo podrán matar. A mí me tocará ordenar que lo maten.

—¡Déme la orden a mí, tío! —exclamó el joven a quien habían presentado al ministro Eberhardt.

Eberhardt posó en él ojos de pasajero asombro. Un nuevo brindis le hizo fugaz la visión súbita que, viejo profeta, se le ofrecía del futuro.

Moncada acabó la botella. La mucha bebida le había puesto rojos el rostro y la calva. Una baba como supuración le salía de la boca.

—¡Sosteneme, gran maricón! —le gritaba a su sobrino— o a vos también te mando a matar.

—¡A mí no, tío!

—Bueno, pues, ya lo sabés, gran papo. Me matás a Sandino, jodidó, o te vuelo verga a vos también.

—Sí, tío; cuando usted quiera.

—¡Pero sosteneme! ¡Yo soy muy hombre, papo! Míster Eberhardt ya se había despedido. A Moncada costaba echarlo fuera. Díaz se le acercó.

—¡A ver te ayudo, hombré!

Moncada lo increpó:

—¿Vos? ¿Ayudarme a pararme a mí? Si vos sos pura mierda, ¡no me jodás! ¡Ji, ji, ji! ¡Ayudarme a mí! Si a vos es que no se te para y sólo la usás para orinar. ¡Andate a la mierda pendejo! Vamonós, Tachitó. De andar entre maricones van a decir que también somos de éstos...

3

Las tortillas se habían acabado en la enramada de El Chipote. Había masa lista para “echar” más en los comales, pero como el General había prohibido que se prendiera fuego, las tortilleras holgaban. De café en esencia

había muchos garrafones de los que ordinariamente sirven para guardar “guaro”. Sandino los había decomisado en San Rafael semanas antes, había vaciado el aguardiente y ordenado lavarlos. En latas de las que llegan al país con kerosén se guardaba buena abundancia de agua. Frío tomaron su café los sandinistas.

El espectáculo de la zopilotera, que continuaba desenfrenado, ya no atraía las miradas de nadie. Los que temprano habían buscado el sol, se refugiaban en la sombra ahora. De los heridos unos dormían; otros continuaban quejándose. Las mujeres se estaban echadas en el suelo en silencio profundo, espulgándose unas a otras. Sandino, flojos los cordones de las altas botas que calzaba, escribía febrilmente en el rincón de la enramada que él llamaba “Oficina Central del Comité Director”. Frente a la tosca mesa que le servía de escritorio, pegados a la pared de caña suave, había algunas fotografías de él mismo y recortes de periódicos, uno con el retrato del presidente de México, Plutarco Elías Calles.

Cuando hubo terminado de escribir, Sandino cuidadosamente se amarró las botas y se puso a pasearse. Al principio iba con estudiada lentitud, poco a poco apresuraba el paso. La enramada mediría unos setenta metros. A medida que entraba en calor, gesticulaba para facilitarse el pensamiento. Cada vez que se acercaba a los heridos todo el rostro se le fruncía en arrugas. Sanos y heridos le seguían con la mirada, y los heridos hasta dejaban de quejarse cuando él se les acercaba.

—¡Hermanos! —les dijo, en tono de discurso—.

Quiero decirles algo.

—¡Qué clara se le oía la voz!

—“Ustedes son héroes. Mugrientos, tirados en petates, la sangre hecha costra en ropa harapienta: ¡jamás se vieron héroes así sino cuando surgieron de las entrañas de los pueblos!”.

“No son héroes los que para actos de valor cobran sueldo, se visten llamativamente como los cómicos para las representaciones teatrales o los mantudos para bailar el Macho-ratón”.

“Ni son tan héroes los que van a la pelea y primero tienden almohadas para caer en suave”.

“En Europa los ejércitos antes de entrar en batalla preparan el servicio de la Cruz Roja, con camillas y enfermeras y doctores cirujanos y agua hervida y algodones”.

“La civilización se enorgullece de eso”.

“Resulta menos el heroísmo, pero mayor la civilización”.

“Pero el ejército más rico del mundo, el ejército de más aparato” de mejores uniformes, de mejor comida, como de hotel; el ejército de más Cruz Roja y que no da un paso adelante sin echar un vistazo atrás a ver si vienen los médicos, ese ejército, hermanos, nos niega trato civilizado”.

“Ese ejército ha venido a matarnos como animales y no como a hombres”.

“¡Cruz Roja! Desde aquí, en presencia de Dios, al lado de ustedes, yo la maldigo”.

“Porque ustedes son testigos de cómo se ha dejado que se harten los zopilotes con nuestros muertos”.

“Esto requiere una gran venganza”.

“Hoy se hartarán los zopes de nuestra carne: mañana será carne de los sicarios rubios”.

“Los nuestros que han caído era necesario que cayeran para que su sangre santificara la tierra que defendemos”.

“Ahora ya no somos soldados sino agentes de la justicia”.

“Ya no peleamos de hombre a hombre sino que somos castigadores”.

“Así lo quiere el destino”.

“El destino está con nosotros para hacer rodar por el suelo la soberbia de los conquistadores”.

“Los hombres que encarnan el destino, éstos son los verdaderos héroes”.

“¡Ustedes son los héroes de este siglo!”.

“¡Nicaragua libre os saluda por mi medio!”.

Y Sandino se cuadró y saludó militarmente. Uno de los heridos intentó levantarse y cayó al suelo.

—¡Cabo Ferdinando Quintero! —le dijo Sandino—
Queda usted ascendido a sargento.

—Gracias, mi General.

—¡Coronel Umanzor!

— Presente, mi General.

—Convoque a mi Estado Mayor a Consejo de Guerra.

VOLVIÓ A PASEARSE Sandino. Las arrugas se desvanecieron en su rostro. Era de treinta y dos años; tenía cara de muchacho. Pequeño y ágil de cuerpo, parecía un simple excursionista este dominador de voluntades que hacía actuar como ejército a aquel grupo de desarrapados, desde jovencitos hasta hombres ya maduros, casi todos descalzos e indoctos en milicia.

El llamado coronel Umanzor, con el noble nombre doble de Juan Pablo, era hondureño; alto y desgarbado; de recios hombros y de aspecto retraído. Reunió hasta cinco hombres y los hizo aguardar en postura de atención frente al escritorio rústico de la “Oficina Central”. Luego se le presentó a Sandino y cuadrándose y saludando le anunció que el Estado Mayor estaba listo y lo esperaba.

—Queda abierto el Consejo de Guerra de este día —dijo Sandino— coronel Estrada, apunte usted la fecha, hora y lugar y tome nota de los presentes.

“Jueves 19 de enero de 1928, a la 1:30 de la tarde, en El Chipote,...”, escribió el coronel Estrada.

Nacido en Managua; alguna vez había ejercido de escribiente de juzgado; de índole discreta y firme de músculos, era en aquel astroso ejército el representante de la intelectualidad latinoamericana. Cuando escribía le gustaba hacer grandes letras floridas. Por esto lo reconvenía su jefe con frecuencia:

—Haga usted la letra menuda, coronel Estrada, y economice papel.

—Sí, mi General.

—¡Coronel Umanzor! ¿A qué número de disponibles alcanza el Ejército Libertador?

—Mi General, pues depende. Yo creo que podemos contar buenos y sanos con ochentitrés hombres. Pero la Felicitas, la hija de ñor Serapio que se vino con la cría, ende que se la destriparon las bestias asustadas quiere ser soldado y yo sé que sabe tirar; lo que no sé es si a ñor Serapio le gustaría. Él la dejó venir de tortillera.

—Descuéntela, coronel: las mujeres al oficio de las mujeres y los hombres al oficio de los hombres. Son los yanquis los que han trastornado estas cosas en su tierra, y por eso se han apendejado, que no pueden ni pelear sin los cigarritos finos, ni el chicle dulcito, ni el chocolatito azucarado, ni los botines lustrados. ¡Ya verán qué capada les vamos a dar a los maricas! Dígale a la Felicitas que se aguante las ganas, que somos hombres y sabemos cómo nos vengaremos. Su oficio es echar tortillas.

—Ese es otro punto, mi General. Las tortillas no se hacen sin fuego y usted no ha rescindido la orden.

—Es que el fuego no se hace sin humo, coronel Umanzor, y el humo es lo que más se ve.

—Los hombres están sin comer desde anoche.

—Pues ni remedio. ¡Que se aprieten la cincha! Eso es una táctica de lucha y se llama la huelga de hambre. Coronel Estrada, ponga en la orden del día: Uno, huelga de hambre.

—¡Ya, General!

—Desde allá abajo no nos ve ni Cristo padre, pero si alzamos humo, nos descubren y joden todo el plan.

Hoy no se enciende fuego, pero ni siquiera se fuma.



Había en Nueva York un alcalde que en huelga de hambre se pasó cuarenta días, hasta que reventó... Es táctica de lucha.

—Sí, General.

Apunte también en la orden del día: Dos, limpieza de armas. Tres, reparto de parque y municiones. Capitán Ferrara, usted vea sobre este punto. Que le den recio a los molejones porque tal vez nos toca cargar a machetazo limpio. Y vea, me afila bien mi cutacha.

—¡Sí, General!

—Capitán Peño, a usted le tenemos que encargar una misión delicada. Por meterse a cirujano ahí está todo salpicado de sangre. Lo primero que hace es bañarse. En seguida se viste cambiando ropa con los compañeros, la más limpiecita que haiga. Y que me le corten el pelo. Que las mujeres le unten aceite de Murillo, del perfumado. Cargue una mula con maíz y frijoles, y se las pela escondido a toparse con el enemigo como quien viene de San Rafael, muy inocente. Que lo capturen, y usted chifla al llegar al Corrental. Si están desprevenidos, le da a “La Cucaracha”. Si no, al “Cielito Lindo”. Les dice a lo que le pregunten que los sandinistas le dejaron sin víveres y que usted fue con un novillo a San Rafael y lo mal vendió por ese maicito y esos frijoles.

—Sí, General.

—“Coronel Umanzor, usted toma cincuenta hombres y persigue al enemigo a distancia por el flanco derecho. El coronel Estrada se queda encargado del Cuartel General y al mando de los heridos. Capitán Ferrara, usted persigue al enemigo por el flanco izquierdo con veinte hombres. Yo apuraré la marcha para salirles al tope con los demás.

Coronel Estrada, apunte en la orden del día: Cuatro, descanso hasta anoecer. Con la noche salimos todos a ver si a la madrugada capturan al capitán Peño. Y entonces no hay más que esperar la chiflada de “La Cucaracha”. En oyéndola damos el asalto por los tres flancos a machetazo limpio, y a no dejar títeres con cabeza. Ese es el plan”.

“El combate vendrá siendo a la altura del Corrental mentado. Hay que acabar con el enemigo, capturarlo todo lo que lleva y volver a El Chipote. A nuestro regreso, termina la huelga de hambre. Coronel Estrada, en cuanto oigan las balas, que prendan los fuegos y echen tortillas; pero en cuanto nos hayamos ido que baje la Felicitas con las demás mujeres por agua que ya debe escasear”.

—Sí, General.

—Queda levantado el Consejo de Guerra.

Los oficiales de Sandino saludaron y se dispersaron al cumplimiento de sus órdenes.

—Ve, Peño —le dijo Sandino al que ya se alistaba para bañarse quitándose el pañuelo rojo de franja negra que les servía de divisa— pelá el ojo cuando estés entre los bárbaros hasta que des con mi mula y te cedo el honor de degollar al hijo-de-la-gran-puta que me la haya montado.

—¡La monto y salgo que ni cuete!

—Bueno, date también ese gusto, pero no me le metás espuela que se amaña.

YA EL CHIRRIDO de los molejones chispeantes apagaba el graznido de los zopilotes. Peño se bañaba entre las risotadas de sus compañeros. Era bien prieto.

—Te salvás porque hay orden de no echarles bala a los zopes —le decía uno— porque a volar te ganarán pero a negro no, y te confundís.

—Desnudate vos, chocho —replicaba Peño— ¡a ver si tenés pellejo de yanque! —y aquí las risas.

Peño se quedó pensando qué bueno sería tener alas de zopilote y volar a cumplir su parte de la maniobra.

Estrada iba y venía recogiendo ropa, comparando prendas, escogiendo para Peño lo más limpio.

Entre los heridos se comentaba lo de la huelga de hambre. “Güebos de hombre, los de mi General”, decían. “¡Ya estuvo que ha andado en Nueva York también!”.

—En Nueva York está su hermano Sócrates y tiene sus representantes.

—Y en México.

—Yo que mi General, me hago presidente de México.

—Él no quiere ser presidente.

—¡Güebos de hombre!

Sandino se había soltado y aflojado los cordones de sus botas y echado en el cuero de res dormía con su chamarra por almohada.

La Felicitas lo miraba y lo miraba. ¡No la había dejado ser soldado!

4

Del valle al pie de El Chipote hasta a San Rafael era jornada de dos días en buena bestia. Se podría hacer el recorrido en menos tiempo pero sólo que se fuese a

mata-caballo. De San Rafael al punto intermedio llamado el Corrental había una suerte de camino lleno de barrancos por los que en la estación lluviosa corrían torrentes impasables. En los meses de sequía sólo se veían los lechos pedregosos de las aguas, las arenas estériles, entre paredones empinados. El paso del Corrental era el más ancho pero a la vez el de riveras más empinadas. Aquí es donde Sandino planeaba vengarse de los invasores. Del Corrental al norte, hasta el valle al pie del Cuartel General sandinista, tropas a pie con impedimenta civilizada ni a paso de vencedores podrían llegar en dos días, pues sólo había veredas que atravesaban primero un bosque espeso de pinos, y luego bajaban al llano tupido de matorrales donde, al frente, se alzaba un nudo de colinas y lomas escabrosas coronadas con el cerro pelado y casi inaccesible de El Chipote. Si de ida el constante ascenso dificultaba la marcha de gruesos pelotones de hombres cargados de parque, fusiles, ametralladoras, dinamita, cocinas, tiendas de campaña, picos, palas, hachas y cuanto hay, de vuelta el ir en bajada era no menos azaroso. Bestias y hombres resbalaban de continuo y tenían que ejercer tensión muscular a todo instante, lo que les fatigaba sobremanera. En el pinar había que cuidarse de patinar y rodar al suelo, de tan cubierto que estaba con las resbalosas espinas secas de los árboles.

Altos se alzaban los tupidos ocotes. En sus ramas superiores corría un viento frío en los meses de lluvia, fresco aún ahora cuando la sequía estaba en su apogeo; pero las ramas que formaban series de sombrillas superpuestas y se enlazaban y tejían de árbol a árbol, cerraban, para quienes iban sobre el suelo, toda corriente de aire libre y creaban una atmósfera espesa de olores, cálida, mareante, provocadora de jaquecas.



Entre el espeso alfombrado de espinas de pino hacían su nido ágiles culebrillas nada venenosas que se alimentaban de huevos de pájaros anidados en las altas ramas rumorosas de los pinos. Las serpientes venenosas eran las de más allá del Corrental, y las del llano, de tierra rocosa y seca, donde la naturaleza es áspera y rencorosa. En la larga jornada a través del pinar los marinos se entretenían cogiendo las culebrillas amarillas, inofensivas, que huían de su paso.

El capitán Peño había bajado sin percance de El Chipote al llano. Aquí había hecho un largo rueda hasta cerca del Corrental. Luego había tomado el sendero que pasa por el pinar y cuando la avanzada de los yanquis lo detuvo se sintió inmensamente feliz.

Halaba animal cansado. Él mismo estaba que se le trababa la lengua de sed. Al reto que le habían soltado en inglés había dejado caer el mecate de la jáquima de su bestia y levantado los dos brazos inermes. El ademán le había subido la camisa y dejado visible el botón cetriño del ombligo. A las preguntas que le hacían en inglés, Peño se encogía de hombros. Uno de sus captores le pegó la punta del fusil entre los riñones y lo empujó para que echase a andar. Los otros yanquis alarmaron la región a silbos de pito. Con los oficiales venía un “nativo” que servía de intérprete.

Peño representó su papel como un cómico consumado. Se quejó de los sandinistas que se le habían llevado todo menos unos chanchitos hocicudos que no estaban capados todavía. El intérprete se alargó en explicaciones a sus jefes. El chancho másculo es de carne de mal sabor, tiene la manteca mala. A los oficiales yanquis les interesó el dato y algunos sacaron cartera y tomaron apuntes.

Peño contó que había ido por provisiones a San Rafael y que de allí volvía con una carguita de maíz y frijoles. Podían cerciorarse de eso.

El nativo que servía de intérprete añadió de su cosecha que él no confiaba mucho en su paisano y propuso que vaciaran las talegas del campesino capturado.

—Esta gente es más mañosa que el diablo —argüía. —Oh, Navas —le decía en inglés un oficial— usted ve el diablo en todas partes. El pobre hombre parece inofensivo.

—¡Usted no conoce todavía lo que son estos indios, coronel Hatfield! Sólo aniquilando a los indios se puede salvar este país. Se me hace sospechoso que este hombre venga hasta sin machete.

—Pregúntele qué hizo con el machete.

—Oí vos, ¿qué hiciste el machete?

—Me lo quitaron los sandinistas, señor.

—Dice que los sandinistas se lo quitaron, pero yo apuesto —explicó el intérprete nativo a quien llamaban Navas— que lo trae entre el maíz.

—*All right*, Navas —replicó el oficial—, usted conoce su gente mejor que yo. Haga lo que le parezca.

—Vos creés que yo tengo güegüecho o que soy sobado de cegua —le dijo el tal Navas a Peño—, pero te voy a dar una lección, —y reasumiendo el habla inglesa dio unas órdenes chiqueándose al hablar.

—Toda la carga se la vaciaron a Peño en el suelo, sin hallarle ni un alfiler.

—Eso no me gusta —dijo el oficial—. Usted ha hecho mal, Navas. Pregúntele cuánto vale el daño.

Navas estaba colérico.

—¿Cuánto vale esa puercada? —preguntó de mal humor.

Peño también estaba pálido.

—Ahí después ajustamos las cuentas.

—¿Cómo ay después? ¿Me querés amenazar a mí?

—Yo no, señor.

—Me está amenazando —explicó en inglés Navas indignadísimo.

—¿Y por qué no? —le replicó el oficial—. No había necesidad de echarle a perder sus provisiones. Si el hombre lo acusa, habrá que formarle juicio marcial a míster Navas.

Navas se puso visiblemente preocupado.

—Ve —le dijo a Peño—, te doy cinco reales y quedamos en paz— y le alargó un billete de medio córdoba.

Peño lo rehusó.

—Mi carga valía siete pesos, señor.

—¡Siete pesos! ¡Siete tiros te quisiera pegar!

—Vamos, vamos —interpuso el oficial—. Usted Navas quiere estafar al hombre.

—¡Pide siete pesos! Él es el que me quiere estafar a mí.

—¡Navas! —exclamó el oficial yanqui—. Si cumplo con mi deber debo ordenar el arresto de usted y arreglar este asunto en corte marcial.

—No, coronel; pero aquí no ando siete pesos.

—Pregúntele al hombre cuánto quiere por ir a San Rafael con nosotros.

Peño dijo que un peso. El oficial le advirtió a Alex Navas que debía añadir eso a la suma anterior. Y así, Peño quedó agregado a la columna invasora. Con señas pidió de beber, y los soldados yanquis le dieron café caliente de sus botellas térmicas, le ofrecieron cigarrillos y chicle, y él correspondió ofreciéndose a llevarles los rifles y aparejos bélicos con los que cargó a su bestia.

Los ojos se le iban buscando la mula del general Sandino. La columna era larga y no la divisaba.

Los yanquis cantaban. Eran canciones que aprendieron cuando andaban en Francia; “La Madelon”, “Over There” y “Smile”. Peño se daba maña para acompañarlos chiflando. Ya que se acercaban al Corrental, aprovechó un espacio entre canción y canción y se soltó a chiflar “La Cucaracha”.

Muchos de los soldados conocían la tonada y aun la letra. Pronto se generalizó. Chifla que chifla, Peño no se daba descanso:

*La cocaracha, la cocaracha,
ya no querer caminar...*

El cantar se esfumó al bajar el empinado declive del cauce que había que atravesar. El caballo de Peño hacía aspavientos y éste se quedaba atrás dejando que los de a pie se adelantaran. Y no cesaba de chiflar.



A uno que titubeaba al comenzar a bajar le tomó el rifle. El yanqui se echó de barriga por la pendiente y se fue resbalando. Del fondo le hacía señas a Peño que le cuidara el fusil. Peño chiflaba como desesperado y casi resbala con todo y bestia de volver los ojos a uno y otro lado por ver si divisaba a su gente.

Abajo, el cauce seco, se llenaba de yanquis. Los primeros comenzaban a subir del otro lado.

De pronto y por tres flancos se inició un tiroteo asombroso.

Ni se veía de dónde venía, sólo se oían las balas. Peño se puso en fuga hacia el pinar.

Por buscar la mula del General y por apertrecharse de rifles había perdido de vista, a lo largo de la columna, al intérprete Navas.

En el pinar aún había cosa de doscientos hombres. Eran diestros. En un santiamén habían armado sus ametralladoras y echados junto al borde cercano del Corrental barrían el borde opuesto y todos los puntos de donde venía fuego.

Peño tuvo dificultad en salir de aquel maremágnum. Por fin pudo colocarse bien a retaguardia y entonces emprendió la retirada a todo escape. Desanduvo como una hora de camino jalando su bestia del cabresto. La balacera se oía lejana y sin eco, amortiguado el ruido por el techo espeso del ramaje. De pronto se detuvo como paralizado al divisar figuras humanas.

Soltó la bestia y empuñando un rifle se fue acercando con cautela por entre los árboles. Era un hombre abrazado a un tronco, y otro abrazado a él, en sodomismo. Peño apuntó y el tiro atravesó al fornicador y al fornicado.

Todavía estaban vivos pero echaban sangre por la boca cuando Peño llegó a ellos.

El que había hecho papel pasivo era el intérprete Alex Navas.

—¡Jodido! —exclamó Peño—. ¡Hasta tu sangre me da asco, cochón! No sos para llevar pantalones— y le soltó las polainas de lona kaki, le quitó los zapatos, le arrancó los pantalones, le escupió la cara.

El otro, peor herido, con la nuca tronchada, moría mientras tanto. También lo desnudó Peño. Encadenada al cuello llevaba una plaquita metálica con unos números y el nombre de John Skirius.

—¡Jodido! —volvió a exclamar—. ¡Si tuviera mi cutacha para caparlos a los dos, porque los chanchos no sirven sino cuando están capados!

Cargando los calzones, y las fajas con los revólveres que los maricones habían dejado a un lado, volvió por su bestia que de cansada no se había movido, y emprendió camino al Cuartel General.

El caballo llegó hecho una lástima. Peño también echaba los bofes afuera. Jadeante se acercó a la Felicitas y le dijo:

—Aquí te traigo estos calzones, ¡pero no son de hombre! Te recuerda míster Navas.

5

La llegada de Peño alegró al campamento convertido en cuartel de inválidos.

—Aquí les traigo, muchachos, cigarrillos en paleta, cámeles y luquí-estriques. ¡Hay chocolates en barra! ¡Hay chicles para las niñas!

Hacia de pirulí el capitán Peño poniéndose las manos a la boca en forma de trompeta y virándose a uno y otro lado.

—¿Quién compra, ¡compra!, la mercancía barata? Adelante, valientes y generosos caballeros, amables y lindas damas. ¿Quién compra, ¡compraaa!?

Mientras entonaba su pregón iba de un lado a otro dando cómicos saltos y repartiendo su botín. Su comicidad genuina y espontánea provocaba grandes risas. Los cigarrillos ardían en treinta o cuarenta bocas que hechas más bien a los chapiollos autóctonos los mojaban hasta la mitad. Había a quienes se les pegaba el papel a los labios lastimándolos. Otros les cogían a los cigarrillos la maña y los fumaban con verdadero gusto. Peño brincaba como un mono; hacía muecas.

—Dejate ya de sonseras —le dijo el coronel Estrada— y contá como estuvo la carajada...

—Allá dejé la cosa en lo que se llama recio. Cumplí con mis órdenes excepto que no me topé por ningún lado con la mentada mula... Para combate estaba inservible, solo, pero lo que se llama íngrimo, en medio de la yancada que parecían nubes de jejenes, los cheles hijos de la gran puta. Y con el caballito cargado hasta el olote con los rifles y salbeques que ay ven. Pies para que te quiero, pensé. Ay que se las entienda mi General que sabe sus planes. Yo salí en barajustada que ni que el diablo me llevara y sólo por contingencia que me topo en lo espesito del pinar con el intérprete que me había querido joder metiéndoles a los

yanques una sarta de traiciones, ¡el gran hijo de la gran puta! ¿Y cómo creen que estaba? ¡Se lo estaba culiando un yanque! Eso sacan de aprender inglés los traidores y hasta agora caigo en cuenta de por qué no les perdona la vida mi General. A la Felícitas le traje los calzones, ¿verdad, mujer?

La Felícitas los arrojó con un gesto de desprecio.

—Pero, ¿cómo hicistes para cogerles los rifles?

—Ay verán...

Y Peño, admirable narrador, entretuvo a sus compañeros con el relato de sus tretas y aventuras.

Estrada era el único que en medio del regocijo general mostraba inquietud.

—Capitán Peño, ¿no le parece que deberíamos ir a echarle una ojeada al asunto cómo anda?

—Usted manda, mi coronel. Yo tengo las cañas que ya no son miyas, del cansancio, pero, a sus órdenes.

—Descánsese un rato, ¡y a la andada! ¿Y vos qué hacés, Felícitas, que no le trais su café caliente?

—Tengo una palabra con Peño que está presente —respondió la joven.

—¡Ajá! —exclamó Peño.

—Todavía no le has entregado los rifles al General —dijo la moza—. Hacé de cuenta que se te cayó uno en un barranco, y me lo regalás.

—¿Y qué querés vos con rifles?

—Oyime, pues. Cansado como estás, quedate y yo acompaño al coronel.



—¿Qué?!

—Vamos los tres, pues.

—Entendete con el coronel.

Estrada miró a la Felicitas, contento de ver el coraje de que rebosaba la joven hembra. Era un bello ejemplar de india. Vestía las amplias faldas plegadas que le llegaban hasta rozar el suelo. el huipil tallado, sin mangas, en el que se anunciaban con sabrosa agresividad los pezones erectos de sus macizos pechos. Iba descalza y cuando andaba el cuerpo todo se le ondulaba excepto los hombros que se mantenían perfectamente nivelados. El movimiento suyo de caderas hacía bailar las faldas; y la cabeza, perfectamente erguida en todo momento y sin asomo de meneo, formaba un contraste con el vaivén de las caderas que era como la melodía de una canción con el acompañamiento de guitarra. Sobre la recta nuca un tanto basta, le colgaba una gruesa trenza de cabello negro, liso, amarrada con una tira de trapo rojo en el cabo.

Ve —le dijo Estrada que le conocía el temple—, podés hacer tu gusto pero te ponés los calzones que te trajo el capitán Peño.

—¡No voy! —respondió la Felicitas, y se retiró enfadada.

—¡Malhaya si me meto a contrariar órdenes de mi General! —exclamó Estrada—. El hombre es templado. Por menos afusiló a Mejía.

—Mejiíta quería quitarle el mando...

—¿Y cuándo afusiló a Avellán?

—¡El gordo Avellán era un traidor manipulado por otra persona!

—Pues desobedecer no será traición, pero sí es como querer quitarle el mando. Es eso mismo, ni más ni menos. Y hasta no sé si habiéndome dejado encargado de aquí debía quedarme hasta podirme o si, como le venía diciendo, capitán, debíamos ir a ver cómo anda aquello.

—¡Usted manda, mi coronel!

NO FUE NECESARIO que el coronel Estrada abandonara el Cuartel General porque mientras Peño sorbía su café y le daba grandes soplos para irlo enfriando, se oyeron los ululantes gritos del Ejército Libertador que regresaba de pelear.

Las sombras se hacían súbitamente largas. Arriba, en El Chipote, todavía había luz, pero la noche ya se había enroscado allá abajo. A lo lejos, los montes de Honduras y los de Matagalpa se vestían de púrpura y violeta y el cielo a la altura de los montes era de un azul de añil esmaltado.

—¡Ji —ji —jiay, ay, ay!

—¡Ji —ji —jiay!

Como a ras del horizonte, grandote como un puño, brillaba con luz tiernísima sobre un campo de cielo de un verde angelical, el lucero de la tarde.

—¡Ay vienen los hombres! —gritaron las mujeres. —¡Aticen los fuegos que ay viene el General! —les gritó el coronel Estrada.

—Luego se oyó clara la canción que cantaban:

La cucaracha, la cucaracha...

Los de la enramada cogieron el son y se unieron al canto.

A medida que iban llegando los hombres de Sandino, el cielo se tachonaba de estrellas.

Estrada ordenó que se prendieran los candiles. Eran corrientes, de hoja de lata, con mechas de trapo viejo.

Frente a la enramada se prendieron también hachones de ocote, de embalsamado olor.

Era una música el palmotear de las mujeres echando tortillas. El fuego debajo de los comales, tizones en brasa pura, tenía reverberaciones de oro, su resplandor aureaba los rostros relumbrosos de las tortilleras y se quebraba en filamentos de luz sobre las lisas y aceitadas cabelleras negras.

Seis latas de agua hervían trémulamente, y los garrafrones de esencia de café se vaciaban. Los recién llegados hallaban aquello grandemente reconfortante.

El último en llegar fue Sandino. Venía solo, con el coronel Umanzor. Planeado un ataque, solía lanzar a la vanguardia a sus hombres. Pero cuando había retaguardia de importancia, el peligro de una súbita vuelta del enemigo, de un contra-ataque inesperado, ése era el puesto que él se reservaba para sí, el de mayor responsabilidad y riesgo.

En llegando ordenó formación:

—¡Ejército Libertador, a formar! ¡Form!

No había cuento ni canilla de muerto. Los que no habían terminado su café a medio tomar lo dejaron.

—¡Atención! ¡Ten!

Detrás de los hombres ardían los candiles arrojando al frente de ellos largas sombras negras. Al frente del

ejército formado lucían, más temblones aún que los candiles, los hachones de ocote, arrojando a espaldas de los soldados otra hilera de largas sombras que se doblaban sobre la única pared de la enramada y se extendió en los espacios entre los candiles. En medio de aquel bailar fantástico de sombras, los hombres enfilados parecían gigantes.

—Coronel Umanzor, ¡pase lista!

Umanzor comenzó a llamar nombres:

—¡Simón Montoya!

—¡Presente!

—¡Coronado Maradiaga!

—¡Presente!

—¡José León Díaz!

—¡Presente!

—¡Juan Gregorio Colindres!

—¡Presente!

—¡Rodolfo Sevillano!

—¡Presente!

—¡García, Félix! —y así hasta llegar, justo, a Zeledón, Orlando. Luego informó:

—Todos presente, mi General.

—¿Heridos?

—Ninguno, mi General.

—¿En cuánto calcula las bajas hechas al enemigo?



—En más de doscientas, mi General.

—“¡Ejército Libertador! Habéis oído. A más del tres por uno hemos pagado la deuda que hace tres días contrajimos con los sicarios rubios”.

“Ya la zopilotada sabe qué carne es más sabrosa, si la carne nica o la yanqui”.

“Pero los yanquis son millones y todos los zopilotes del mundo no se darían abasto para comérselos si los matáramos a todos”.

“De hoy en adelante, la América todita parece si no sigue el ejemplo que hemos dado”.

“¡Coronel Estrada! En este instante sale usted para Honduras a comunicar lo que hemos hecho. Alístese para recibir instrucciones”.

“¡Ejército Libertador! A la alborada estarán aquí los aeroplanos. Dos horas de descanso, y listos para ponernos en marcha. ¡Viva Simón Bolívar!”.

Enardecidos los soldados contestaron a todo pulmón.

—¡Coronel Umanzor!

—¡Presente, mi General!

—Convoque a Consejo de Guerra inmediato.

—Muy bien, mi General.

—¡Capitán Ferrara!

—¡Presente!

—Escoja tres tayacanes y construya camillas para transportar a los heridos. ¡Capitán Peño! —Pre...sén!

—Usted sale para San Rafael. Alístese para recibir instrucciones...

EN EL CONSEJO QUEDÓ definida la futura actuación del Ejército Libertador de Nicaragua. Lo inmediato que no admitía ni dilación de horas era cambiar el Cuartel General al cerro de El Chipotón distante unas seis leguas al noreste. La mudanza debía hacerse en grupos separados para no dejar rastro del camino tomado. Primero cargarían los heridos, los hombres disponibles que restaran se echarían auestas el armamento que materialmente no pudieran cargar las pocas bestias que aún les quedaban. Los rifles de que se había hecho Peño alegraron a Sandino.

—“¡Malhaya, ni pudimos capturarles nada!” —dijo el General—. “No hay como las tartamudas para aventar bala, y los sicarios rubios como que las parieran. Calculo que nos enfilaron unas treinta machingonas y si ay no nos acaban es porque Tatita Dios es muy pencón. La retirada no fue chiche. Volaban fuego por todos lados y tuvimos que hacer un círculo madre. Pero que les dejamos tendidos a más de doscientos, como calcula el coronel Umanzor, lo podría jurar. ¡Si estaban como moscas en miel, apiñaditos en el fondo del barranco! ¡Si hubiéramos tenido maquinistas, acabamos con ellos!”.

“Coronel Estrada, ésa es su misión. Se dirige a Tegucigalpa y de ahí a la Costa Atlántica y contrata la venta de café. La cosecha ya la van a terminar de levantar en Jinotega y Matagalpa. Puede calcular mil sacos de café a seis dólares el saco que entregaremos en la frontera. Ese dinero es para maquinistas y parque. Usted tiene veinte días para arreglar la diligencia”.

“Capitán Peño, su misión en San Rafael es reclutar gente y arbitrarse las mulas que pueda. Cuento con el coronel Umanzor y con el capitán Ferrara para asaltar las haciendas, pero es indispensable que dispongamos de lomos para llevarnos el café. Después vienen las lluvias y por aquí no se aventuran los invasores. Pero en comen- zando otra vez el verano, ni las ánimas nos valen si no estamos bien pertrechados y no presentamos un frente de mil hombres”.

LAS MUJERES FUERON las primeras en levantar el campo. Fuertes para aguantar carga había quien llevara en la cabeza, sobre el rebozo enrollado un yagual, dos piedras de moler. Otra cargaba un amontonamiento de ollas. Las más llevaban sacos de maíz y frijoles. Un cabo y dos soldados les servían de guía. La procesión iba con antor- chas de ocote alumbrándose el camino. Las llamas vistas desde arriba formaban cada una, una cruz en la niebla que ya se hacía espesa en la hondonada. Las cruces luminosas se fueron haciendo más y más vagas hasta formar un solo resplandor en la lejanía. Luego ya sólo se veía una vapo- rosa nube blanca. Después nada.

Para hacer las andas en que llevar a los heridos se usaron las vigas del techo de la enramada y las mismas lianas con que estaban amarradas. Eran dos soldados para cada herido. Los escasos hombres que restaron disponi- bles se echaron encima lo que no se les pudo acomodar a las bestias en los zurrones con que las aperaron.

Cuando amaneció volvieron los aviones, avisados por telégrafo desde San Rafael, y aunque volaron bajo y despacio, no observaron señal de vida humana en El Chi- pote ni en sus alrededores. El apestar dulzón de ca-

daverina que daban los huesos de los muertos del ataque de hacía cuatro días era constante imán para la zopilotea que sacudía furiosamente a los pobres esqueletos y se enloquecía de no poder arrancarles la médula putrefacta.

LOS AVIADORES VOLVIERON a Managua en completo desconcierto. De no haber sido testigos de la zopilotea que cobijaba la barranca del Corrental, prueba la más fehaciente de la mortandad que allí se había hecho tal y cual constaba en los informes rendidos desde San Rafael, hubieran jurado que se trataba de fantasía. Estaban seguros de haber aniquilado a Sandino y a todos los miembros de su banda. El ataque de que habían sido víctimas los yanquis de la columna del coronel Hatfield debía ser obra de otra banda, más numerosa y más hábil que la de Sandino. Decían que lo podían jurar.

CAPÍTULO II

1

Moncada era de aquellos para quienes el más elevado grado de amistad consiste en la compañía para beber. En sus días de pobreza, en la época cuando fue perdiendo trago a trago la vergüenza; el pundonor, el pudor, mejor dicho; se arraigó en él ese concepto de hombre primitivo. Atormentado por el deseo alcohólico, veía un benefactor sólo en quien le facilitara de beber. Llegó a adquirir la sórdida esplendidez del ebrio consuetudinario. Era capaz de cualquier baja con tal de obtener dinero y luego, con ese dinero mal habido, costearles la borrachera a un grupo cualquiera a quienes les abría en pampa las puertas de su corazón. Quien se negaba a aceptarle la copa se granjeaba su malquerencia. Así, mientras los hombres normales tienen razonables fundamentos en que basan la amistad que piden y que dan, para Moncada la base única de ese vínculo humano era el aguardiente. De partir y compartir el pan, no sabía nada. De la comunión en ideas, en sentimientos, menos aún. Y así como un individuo suele, mediante diferencias de trato, manifestar el grado de amistad que le liga con sus diversos semejantes, así Moncada solía significar el lazo con sus prójimos mediante la calidad de la bebida. Con sus íntimos bebía guaro. En casa de sus íntimos pedía guaro. Cuando sus íntimos lo visitaban, les ofrecía guaro. El champán no le gustaba. Por eso lo había rechazado en la Casa Presidencial y había pedido *whisky*. Y aunque

trataba a Díaz familiarmente de “vos” lo extranjero de la bebida equivalía a mantenerlo a distancia interponiendo rigor en el trato.

Tachito, su sobrino, tenía una filosofía del trago enteramente sencilla, consistente en beber lo más posible de lo mejor posible. Tachito bebió cuanta copa de champán le sirvieron en la Casa Presidencial mientras Moncada apuraba íntegra la botella que para él solo habían servido.

A Moncada le tambaleaban las piernas; a Tachito le zumbaban los oídos.

—Vos mejor que no te hagás borracho —le dijo el tío al sobrino—, porque el alcohol busca el vacío. A mí me inutiliza los pies y me tengo que apoyar en vos, pero a vos se te sube a la cabeza.

—¡No, tío!

—¡No me contradigás!

—No, tío.

Acababan de bajar del coche particular del presidente. Al entrar en su casa Moncada advirtió que lo esperaba un gentío.

—Llévame a mi cuarto y deciles a esos que se vayan a joder a otra parte.

—Sí, tío.

—¿Quiénes son?

—Julián Irías, tío, y Ernesto Castellón, y los demás unos pelagatos.

—Deciles a Julián y a Castellón que pasen al aposento.



Los demás que se vayan.

—Sí, tío.

MONCADA SE QUITÓ los zapatos; se desvistió saco y chaleco; se arrancó corbata y cuello; se aflojó el cinturón, todo con torpeza, regando la ropa en el suelo, y se echó en una ancha hamaca. Un sirviente levantó las prendas y las colgó de una capotera.

—General —le dijo Irías—, he venido con una comisión de segovianos.

—¿Qué me vienen a pedir?

—Quieren que usted vaya a batir a Sandino...

—Doctor Irías, esos que usted dice son segovianos, son farsantes que usted ha alquilado...

—¡General!

—Son farsantes. Dígales que el general Feland dice que ya no hay ni Sandino ni sandinistas.

—¡Cómo!— exclamó Ernesto Castellón.

—El general Feland lo ha comunicado ya al gobierno de los Estados Unidos, y el ministro Eberhardt a Adolfo Díaz y a mí. Fueron batidos y aniquilados los bandoleros.

—Entonces, general —dijo Irías, contamos con los votos de todas las Segovias, y ya podemos mandar allí las comisiones.

—¿Para qué? ¿No dice usted que venía una comisión de allá?

—Sí, ya lo creo. Pero hay que mandarles oradores y guaro, para levantarles el ánimo.

—Está bien. ¿Y ustedes, qué toman?

—*Whisky* —dijo Castellón.

—Guaro —dijo Irías.

—Usted es muy orgulloso, señor Castellón —dijo Moncada.

—No. Pues que también me traigan guaro.

IRÍAS LOGRÓ QUE Moncada aprobase el envío de una comisión de oradores liberales con liberal dotación de aguardiente para que levantase los ánimos en las Segovias. Ernesto Castellón, encargado de dirigir la campaña moncadista en la capital, abogó porque se celebrase el aniquilamiento de Sandino. Su idea era darles un baile rumboso a los oficiales norteamericanos.

ESTABA EN MANAGUA, hospedado en casa de Castellón, el doctor Luis H. Debayle, cirujano y poeta y orador, hijo de francés, ciudadano de Francia, educado en París, pero por lo mismo fiero politiquero en Nicaragua donde había nacido y donde tenía formado antiguo hogar. Una hija suya era la esposa de Tachito, el sobrino de Moncada. Castellón le contó a Debayle detalladamente su visita al candidato del Partido Liberal.

—¡Estamos reventados! —comentó Debayle—. Ve, lo tenemos que aguantar.

—¡Pero que uno es orgulloso si no bebe guaro!

ESCUCHABAN LA CONVERSACIÓN las hijas de Castellón. Lucerito, delgada como un lirio, de sonrisa menuda y arqueada como una luna nueva, hizo un gesto de disgusto:

—¡Es una cochinateda el guaro!—exclamó. Gioconda su hermana, opulenta morena, repuso: —¡Qué más da guaro que *whisky*! La borrachera es igual, y si lo que quieren es emborracharse...

—Ve, Ernestó —observó Debayle—, aquí tenés la horma del zapato de Moncada. La Gioconda es la que puede domarlo.

—¿Yo? ¿Y por qué, doctor?

—No, por nada. Pero cree que tu papá es muy orgulloso porque pidió *whisky*. ¡No conocés a Moncada! y creerá que para quebrantarle el orgullo tiene que arruinarlo.

—¡Pues que mi papá no le haga más propaganda! —exclamó la esbelta Lucerito.

—¡No, no! —replicó Debayle—. Si es fácil la cosa.

Hay que ganarse a Moncada y que el Banco le condone a Ernesto la hipoteca de la casa y que le den una franquicia para algún monopolio. Eso es fácil, si Moncada no le tiene tirria. ¿Ves?

—¡Pues antes de tomar guaro yo me iría a un rancho! —dijo Lucerito.

—¡Yo no! —dijo Gioconda— ¡Ya estoy cansada de oír la eterna canción de esta casa, que no hay dinero para esto ni para aquello, y una tiene que ir a dos bailes seguidos con el mismo vestido.

—¡Aquí está tu gallo, Ernestó! Ve, en el baile de mañana hay que hacerla reina, para que Moncada la distinga, ¿me entendés? Y cuando él le ofrezca algo, ella le pide guaro, ¿ves? Y entonces Tachito le explica a Moncada que vos sólo guaro bebés, y a Moncada se le quita la idea de que sos orgulloso.

GIOCONDA FUE DE ROJO al baile. De un rojo oscuro que hacía resaltar lo moreno de su color. Apenas, por el escote que era muy bajo, se adivinaban claridades de sus pechos lozanos. En cambio las axilas, que cuidadosamente se había rasurado, le brillaban de un azul negro, y se le hacían oscuros como dibujados al crayón los pliegues de los brazos cuando los doblaba.

La cabellera recortada, de pelo liso, le brillaba. El traje le quedaba ajustado y parecía escaso para contenerle las carnes macizas. Era la lujuria andando. Era como un vaso de obsidiana en el que ardiese la sangre. Bailaba sinuosamente, provocativamente, ciñéndose a su compañero.

La voz corría de boca en boca en el secreteo de las muchachas:

“¡La Gioconda Castellón anda cañambuca!”.

Los varones le hacían rueda y se peleaban por bailar con ella, sin disimular los agraciados, al cesar la música y separarse las parejas, el bulto que en los pantalones les hacía la erección que el roce de ella les había provocado.

Gioconda fue proclamada reina del baile. Como tal fue del brazo del general Feland recorriendo el salón del Club Internacional saludando a sus encandilados súbditos.

—General —le dijo a Moncada—, ¿no va a brindar usted por mí?

—¡Por supuesto! ¡Cómo no!

—Pero vea —le dijo ella, y se le acercó al oído.

Moncada enseñó toda su dentadura de pus y nicotina al oírle la confidencia. A su vez él se acercó al oído de ella:

—¡Pero aquí no! En mi casa...

—¡Cuando usted sea presidente, general! —le replicó ella en alta voz.

—¡Seré presidente! —afirmó él.

Tachito estaba a mano.

—¡Qué conquista, tío!

—Es la única muchacha simpática que hay en Managua. Las demás son unas orgullosas. Me dijo que se quería echar un trago de guaro conmigo. Es muy simpática.

—Se lo ha enseñado su papá, tío. Él, sólo guaro bebe en su casa.

—Sí. Es muy simpático Ernesto Castellón. Yo lo tenía por orgulloso.

—¡Qué va!

—Buscámelo, para que nos echemos un trago doble.

CASTELLÓN ESTABA al lado de su hija, con el general Feland.

—Don Ernesto, el general Moncada lo invita a echarse un trago.

—¿Y a mí no? —preguntó el general Feland. —¡Oh claro, a usted también, general!

—Vamos todos —dijo Feland, y arrastró con Su Majestad Gioconda Primera.

Bebiendo estaban cuando un ordenanza, cuadrándose ante Feland, le entregó un papel. Era un mensaje telegráfico de San Rafael que decía en inglés:

“Sandino alevosamente atacó columna. Acabo de llegar a San Rafael con sobrevivientes. Envíe aviones al amanecer”.

Feland palideció.

—General Moncada —dijo—, Sandino está vivo.

Hay que aniquilarlo otra vez.

—Ya lo sabía yo —replicó Moncada—. A míster Eberhardt le dije que yo tenía que mandar a matar a ese bandolero.

—¡Oh, no! —repuso Feland—. Los marinos lo matarán. Está comprometido el honor de los Estados Unidos.

—Ustedes tienen las armas, ustedes mandan —replicó Moncada—, y el honor de los Estados Unidos es sagrado. Tachito, ¡que nos sirvan otra tanda de guaro para brindar por el honor de los Estados Unidos!

Entre Feland y Moncada, Gioconda estaba sentada abierta de piernas, echada de codos sobre el vidrio que cubría la mesita; tenía las manos juntas, entrelazados los dedos, debajo del mentón. Feland le acariciaba una rodilla, Moncada la otra. En frente de ella estaba su padre:

—¡A Sandino hay que matarlo, general Moncada! —decía Ernesto Castellón—. Si no, ¿qué va a ser de la propiedad con ese bandolero suelto?

—A propósito de propiedad, Ernestó, ¿verdad que vos tenés dificultad con una propiedad tuya? —le preguntó Moncada.

—Sí, general. Una deudita al Banco que me viene molestando. Pero usted puede arreglarme el asunto.

—Arreglado —respondió Moncada— cuando ya sea presidente, ¿verdad Gioconda?

—¡Cuando usted sea presidente! —exclamó ella. Moncada le sobaba el muslo.

Tachito en persona trajo el azafate con los vasitos de aguardiente y las “bocas” de chicharrón.

—¡Por el honor de los Estados Unidos!

2

El capitán Peño llegó molido a San Rafael. Allí reinaba la confusión. La iglesia del pueblo estaba convertida en hospital de sangre, y atestada de heridos. Los vecinos habían sido lanzados de sus casas con muebles y calaches, y la soldadesca extranjera ocupaba toda habitación disponible. La casa que llamaban el Cabildo, donde las autoridades del país antaño habían tenido sus oficinas, servía ahora de cuartel general de los invasores quienes se habían incautado también del aparato telegráfico allí instalado. Arrojadados de sus domicilios los sanrafaeleños improvisaban en plena calle cobertores donde guarecerse, y arrimaban piedras para hacer sus fuegos de cocina. Espantando perros, amarrando cerdos chillones para que no se fuesen a espantar, correteando gallinas, arrimando trastos, preparando de comer, aquí y allá una madre dando de mamar, un chiquillo en cuclillas cagando, un anciano inmovible sentado en pleno suelo, con las rodillas recogidas y casi pegadas al pecho y la cabeza gacha, mirando al suelo. De grupo en grupo iba y venía el Tata Cura, lanzado él también de la casa cural frente a la cual tenía amarrada una chancha enorme que amamantaba a cuatro pequeños cerdos rubios y nalgoncitos.



—Paciencia, paciencia, hijos —amonestaba el señor cura— ¡Peor nos hubiera ido si es Sandino el que viene! Todo será por nuestros pecados mortales, los de ustedes en segundo lugar y en primero los míos.

Viendo por donde se colara, procurando pasar inadvertido, Peño recorría el poblado. El cura reparó en él.

—¡Miren a Peñito! ¿De dónde has caydo?

—Vengo juído, padre.

—Oyí decir que andabas con Sandino.

—Me saquearon, padre. Yo andaba con los yanques. Con el alma en el cielo de la boca, ni bosticar palabra puedo. ¡Por poco me afusilan!

—¡Ave María Purísima! ¿Y verdad que son muchos?

—¡Una pandía, padre! Mexicanos y de todas partes, con cañones y todo. A los yanques los hicieron comer polvo.

—¡Sagrado Corazón de Jesús! ¿Y cómo habían dicho que habían liquidado a los bandidos?

—¡Quién sabe, padre! Yo ya estaba con el credo en la boca. Figúrese que me agarraron con la maletada de rifles en la bestia... Y hasta sin qué fumar me dejaron.

El cura, enteco y amarillo, se metió la mano en el pecho y sacó un chapiollo.

—Fumate éste, pues.

—¿Un fosforito, padre?

—Son muy caros. Eslabón es lo que tengo.

Con pedernal y acero sacó chispas con que prendió una mecha retorcida. Allí alumbró Peño su cigarro, dio las gracias y siguió su recorrido.

Lo reconocieron unos marinos y lo acosaron a preguntas, en inglés. Peño se imaginaba lo que le decían y trataba de explicarse por señas. Lo llevaron al Cabildo. Allí lo recordó perfectamente el coronel Hatfield quien por medio de otro yanqui que hablaba el español a media lengua le hizo un interrogatorio.

—¿Venir dónde? —preguntó el intérprete.

—De ahí no más, del Corrental adelantito.

—¿Qué buscar usted?

—Pregúntele al coronel, él sabe. Vengo por mis siete pesos que me debe Navas.

El intérprete tradujo. Luego el coronel Hatfield le expuso el caso de Peño.

—Míster Navas estar herido, mucho mal. Un bala aquí —y se señalaba el pulmón— y boca así —y hacía señas de gran inflamación.

—Pero yo quiero mis siete pesos.

Míster Navas no tener. Sandino esto —y se señalaba los pantalones— de míster Navas y Sandino correr. ¿Comprende?

—¡Pero mis siete pesos, coronel! —insistía Peño. Otra vez el coronel y su gringo palabrearon.

—Coronel dice qué pasó usted —dijo el intérprete. —Los sandinistas se llevarían mi bestia. Yo pegué a juir al comenzar la garuga de balas. Por allí me escondí pero

me agarraron. “Yo soy hombre de paz”, les dije, pero el jefe de esa escolta dijo, “No hay paz que valga. ¡Tráiganlo para afusilarlo!”. Ahí me llevaban cuando los cachinflines que arrecian y todos zampan a correr que ni venados, y yo corría también, pero luego hice que me trompezaba, y ahí me quedé, jasta que se acabó el cueteriyo, cuando salí pirado y aquí me dirigí a San Rafáil como me dijo el coronel, por mis siete pesos que me adeuda Navas.

—No le entiendo bien —explicó el intérprete— porque no habla castellano, pero parece que lo capturaron y se les fugó.

—Pregúntele si conoce esta región —ordenó el coronel. Peño dijo que sí.

—Pregúntele si sabe quiénes eran los que nos atacaron.

—Todos eran caras extrañas —respondió Peño— parecían mexicanos.

—Pregúntele si no serían los hombres de Sandino.

—Pues ay verá: puede ser que sean, puede ser que no sean, señor.

—Pregúntele si sabe qué rumbo tomaron.

—Quién sabe señor.

—Dígale que si nos quiere servir de guía.

—Tengo miedo, señor.

—Dígale que ganará un dólar diario, y si nos lleva adonde tengan su guarida, le damos diez dólares.

—Yo sólo quiero mis siete pesos.

—Dígale que si no sirve de guía lo llevamos preso.

—Soy hombre de paz, señor.

—Dígale que queda detenido.

—¡Sería mi suerte, señor!

—Pero no hay donde encerrarlo —explicó el que servía de intérprete.

—Llévelo a que ayude a cuidar las mulas —ordenó el coronel—. Estamos cortos de manos y hay que acarrear agua.

—¡Sería mi suerte, señor! —volvió a decir Peño. El corazón le brincaba de alegría.

LINDA ERA LA MULADA de los yanquis. Serían unos cuarenta animales de finos remos, de menuditos cascotes bien herrados, de redondas ancas lustrosas. Unos marinos desnudos hasta la cintura cepillaban a las mulas que entre sí mantenían vivaz conversación moviendo las orejas, meneando la cabeza. Hablarían del pienso del país que se les había servido, huate seco, dorado, de otro sabor que la alfalfa a que estaban acostumbradas. Hablarían del mosquerío que las fastidiaba ya. Peño las acariciaba. Andaba con suerte. Ahí estaba lo que el General necesitaba para acarrear el café hasta Honduras. Ahora la cosa era robarse las mulas. ¡Con la ayuda de Dios sería! Se acordó del Tata Cura.

EN SAN RAFAEL sólo agua de pozo había. Eran unos pozos hondos, oscuros, de fondo redondo reluciente como un espejo negro; pozos de brocal de piedra alta hasta la cintura de un hombre, con pila de cal y canto aliado y malacate y pescante con rondana para jalar los baldes de agua. Dos hombres manejaban el malacate, empujando

en círculo, enrollando el mecate del balde; otro recibía el cubo en el brocal y lo vaciaba en la pila. No se daban tregua sacando agua del pozo de la plaza, del de la casa cural, del Cabildo. En el de la plaza llevaron a las mulas a abrevar. Era donde el pueblo se surtía de agua. Los marinos, chicote en mano, espantaron a las muchachas que hundían sus tinajas en la pila. Las muchachas esperaron dóciles a que las mulas, que bebían lentamente, acabaran. Peño les dijo:

—¡Infelices! ¿Van a llevarse las sobras?

Las muchachas no contestaron. Llenaron sus cántaros de barro cocido, se los acomodaron en los cuadriles, y procesionalmente se marcharon. Detrás de ellas venía otro grupo de aguadoras.

Se llegó la noche. Los yanquis mantenían centinelas apostados por todas partes. En los patios ardían fogatas. En la calle, la única calle de San Rafael, amplia como para darle paso hasta a cuatro carretas, los vecinos se iluminaban con candiles y con teas de ocote. Peño buscó al Tata Cura.

—Con qué, hombré —le dijo el clérigo—, volveme a contar lo de Sandino. ¿Les dio su reatada a los machos?

—¡De a pipián, padre!

—¿Y de veras anda con mexicanos?

—¡Déjese de cuentos, padre! Usted sabe que me han puesto a cuidarles las mulas.

—Bueno, hijo.

—¡Déjese de hijo, padre! Usted sabe que a las mulas les dan de beber en la pila de la plaza.

—Sí, hijo.

—Pues usted sabe que es allí mismo onde la gente saca su agua de beber.

—Ya te entiendo. ¿Pero qué puedo hacer? Aquí me ves, en la calle yo también. Estos gringos son protestantes, y me venís a decir que Sandino anda con mexicanos. A yo que soy cura pecador, ¿qué camino me queda? Expiar mis culpas. Si me quedo, reviento, que estos machos me llevan al mear y al bote. Si me voy onde Sandino me lleva candanga.

—¡Óigame, padre!

—A ver, hijo.

—¡Váyase con Sandino!

—¡Ave María Purísima! Me afusilan los mexicanos.
—Le digo que no.

El Tata Cura se quedó mirando a Peño un largo rato.

—Ve —le dijo—, a mí no me engañás. Vos sos sandinista...

—¡Cállese, padre!

—Confesá la verdad. A mí no me andés con guayabas.

—El General necesita gente, necesita mulas...

—¡Ajá!

LOS MARINOS CENTINELAS se paseaban frente al Cabildo, muy marciales. Otros, apostados en diversos

puntos, hacían guardia rigurosa. Sonaba uno de ellos su pito agudo dándole una entonación especial; respondía otro, luego otro, luego el de más allá, en derredor del largo poblado, rompiendo con el filo prolongado de los silbatos el profundo silencio de la noche sin luna. Las mulas pisaban el empedrado de los corredores del Cabildo. En la calle, entre el amontonamiento de trastos y animales y gente, brillaba aquí y allá la brasa de un puro. El Tata Cura iba de un grupo a otro. Aquí echaba una bendición, en el otro grupo regalaba un chapiollo; ora llamaba a alguien por su nombre y se lo llevaba aparte.

—¡Rogerio!

—¡Sí, Tata Cura!

— Vení a hacerme un servicio.

—¿Se le jue la chancha, padre?

—¡Y qué chancha!

Ya solos, el cura decía:

—Ando en tratos con Sandino...

—¡Usté, padre!

—Necesita hombres y mulas.

—¿Y por dónde anda, padre?

—Que la Lupita te tenga el chucho porque si te sigue te vende, y vos cogé para El Chipotón, y que vas de parte del capitán Peño. Que ahí llegarán las mulas. Llevá tu güirro.

Así fue con Juan, así con el Moto Blandón, así con el Chele Rodríguez, así con una veintena.

Los hombres se escurrían entre los centinelas, en la noche sin luna, llena de rumores y de ruidos furtivos.

En el poblado se quedaban unos perros inquietos que las mujeres agarraban.

—¡Cho, Fiel!

—¡Cho, Tigre!

Los perros humillaban la cola. Los ojos con el resplandor de las luces de ocote les brillaban como ópalos de fuego.

En el Cabildo el aparato telegráfico no cesaba ni un instante su tic-tic-tic, tic-tac-tic, en comunicación con Managua. La Comandancia General de los Marineros avisaba el parte de los aviadores. El coronel Hatfield informaba lo poco que le había sacado a Peño. La Comandancia dictaba órdenes. Debía establecerse un campo de aterrizaje en San Rafael. ¿Había lugar apropiado? Hatfield contestaba que sólo que se usara la calle, pero ¿qué hacía con la población? Orden de concentrarla a Jinotega y reforzar el destacamento de allí. Orden de ensanchar la calle. El campo de aterrizaje debía estar listo para la tarde del día siguiente.

Tic-tic-tic, tic-tac, tic-tac-tic.

Cantó un gallo. Cantó otro. La alborada fue corta. Frente al Cabildo se formaron hasta veinte marineros.

Recibieron órdenes. Se esparcieron a lo largo de la calle. Por señas, con gritos, con amenazas, a culatazos, se hicieron entender. No había hombres jóvenes. Viejos, mujeres, chiquillos, trastos, animales. El Tata Cura iba y venía exhortando a tener paciencia, echando bendiciones. Por fin se formó la romería y se puso en marcha el pueblo.

¡A Jinotega! ¡A Jinotega! Sin una lágrima, sin un acto de rebeldía, dóciles como los perros que trajinaban a su lado. Pero todos comprendían ahora por qué se habían escurrido en la noche Rogerio y Juan, el Moto Blandón y el Chele Rodríguez y los demás.

PEÑO ACARICIABA las mulas. El coronel Hatfield hizo una visita a la iglesita del pueblo convertida en hospital. De regreso vio a Peño y le dijo:

—Navas *was out!*

—¡Mis siete pesos! —exclamó Peño, y con los dedos expresaba el número, con los puños se golpeaba los bolsillos del pantalón.

—Navas *is dead!* —le gritó el oficial y puso los ojos en blanco, dejó caer la quijada, inclinó la cabeza hacia la izquierda y estiró rígidos los brazos.

Peño entendió. Navas había muerto. El cura se había quedado. No había acompañado a su gente en el éxodo. Peño le hizo señas de que se acercase. Hizo la cruz y con mímica que en otro caso hubiera parecido chistosa hizo comprender al oficial norteamericano que deseaba que el sacerdote asistiera al paisano muerto. Hatfield les hizo señas de que fueran a la iglesita, y se marchó.

Una larga cuadrilla de marinos ya se ocupaba de demoler las casitas de adobe en todo un lado de la calle, levantando una nube de polvo que se quedaba prendida en el aire desde el suelo hasta unos tres metros de altura.

En el muladar improvisado no había nadie. —¡Ahorrta, padre —dijo Peño—, abra la tranquera! El cura se arremangó la sotana y obedeció.

—¡Ora móntese!

El cura saltó al lomo de una mula. No estaban los animales amarrados. Peño haló del hocico al animal y le puso jáquima.

—¡Agárrese bien, padre; que si no, nos lleva el diablo!

Peño con un chicote de marino les dio cuerazos a las bestias. Todas se pusieron alerta, se volvieron ariscas. A todo esto Peño fumaba. Era un chapiollo que le había dado el cura. Se lo arrancó de la boca y se lo pegó en la grupa a la mula del cura que coceó al instante y salió disparada, las demás mulas detrás.

El estrépito súbito de la estampida llamó la atención de todos. Ya la mulada estaba al otro lado del polvazal de los derrumbes. Alguien disparó al aire. A todo vuelo huían los animales. La figura del cura se veía haciendo maromas. En un santiamén se perdió el tropel.

CON AYUDA DEL MARINO que medio sabía español Peño le dio explicaciones al coronel. Según Peño, el cura había entendido que el coronel le regalaba una mula para irse a Jinotega. El cura había montado el animal. La mula se había encabritado y echado a correr.

—¿Usted conocer cura? —preguntó el intérprete.

—No.

—Usted hablar con él mucho.

—Quería que reviviera a Navas para que me pagara mis siete pesos.

Costó que el intérprete entendiese esto. El coronel Hatfield hizo mueca de asco y escupió con fuerza.

—¡Esta gente es enteramente idiota! Se les puede arrebatar el país, y ellos sólo en sus piojosos siete pesos piensan. Pregúntele que si puede ir tras el cura y traernos las mulas.

El intérprete le hizo entender a Peño la pregunta del coronel.

—Pero a pie, no —respondió el sandinista—, porque ya deben estar por los quintos apretados.

—*All right!* —dijo el coronel, y dio una orden.

—Usted ir a mula —dijo el intérprete.

—¿Qué mula? —preguntó Peño, convencido como estaba de que la recua entera se la había llevado el cura.

—No se le dio explicación, y se quedó en el zaguán del Cabildo cavilando. Vio salir a un ayudante del coronel y le siguió con la vista. Iba el marino a la iglesita. Se acordó Peño de mister Navas y ahora fue él quien hizo mueca de asco y escupió recio, igual a como había hecho el coronel Hatfield. Parecía que lo estuviera remedando.

Volvió el ayudante. Peño casi da un salto de sorpresa. Traía el marino la mulita parda del General Sandino ensillada con la montura de charro que los comunistas le habían enviado al Jefe del Ejército Libertador. Los adornos de plata de la silla poblana relumbraban bajo el nicaragüense sol de encendidos oros.

CAPÍTULO III

1

¡La mulita parda del General Sandino ensillada con la montura plateada que le habían mandado los comunistas de México! No se había quedado sandinista sin examinar la hoz y el martillo cruzados que relucían en los estribos. Sandino les había explicado el símbolo.

—No puede ser nuestro —les había dicho—. La hoz no la usamos nosotros. Nosotros usamos el machete. Somos de la América Central. En México sí he visto que usan la hoz. Nuestro símbolo debe representarnos.

—Adoptemos un machete y un martillo, General —había dicho el coronel Estrada.

—Dos machetes cruzados y un martillo en el medio —respondió Sandino, y esa fue la bandera sandinista, con los símbolos en negro sobre campo rojo.

Los marinos que habían visto flotar el pabellón, habían dicho que era de piratería: una calavera entre dos tibias cruzadas.

El capitán Peño estaba lelo mirando la mulita. En una nalga el animal tenía un raspón, por eso lo habían llevado al hospital donde le habían untado yodo.

—¿Conocer esta mula? —le preguntó a Peño el intérprete.

—No, mi patrón.

—Es de Sandino.

—¿De Sandino?

—Sí. Ahora del coronel Hatfield.

Peño miró a Hatfield.

—Usted ir en esta mula y traer todas otras mulas.

¿Entiende? —le dijo el intérprete a Peño.

—Sí, mi patrón.

—Usted no venir atrás montado en esta mula, ¿entiende?

—Sí, mi patrón.

—¿Cuánto tiempo para venir atrás?

—¡Quién sabe, mi patrón!

—Bien. Usted venir pronto posiblemente, ¿entiende?

—Necesito mecates, mi patrón. Para amarrar aquellas bestias.

—Muy bien.

—Y dos monturas más, mi patrón, para no venirme en pelo.

—¡Dos monturas! ¡No necesita más una, hombre!

—¿Y el Tata Cura?

—¡Ah! Verdad, verdad...

—¿Y de comidita, patrón?...

—¿Para Tata Cura también?

—También.

A la mulita del General Sandino le cargaron dos monturas más con sus sudaderos y demás aparejos de montar. En las espaldas le amarraron a Peño una mochila repleta de galletas, de carne en lata y otras exquisiteces de la despensa de la oficialidad. A la grupa pusieron dos botellones térmicos. Hatfield y el intérprete casi se reían de los ojos que pelaba el nicaragüense enteco, greñudo, descalzo y haraposo. Haraposo, por más que de El Chipote hubiera salido con la mejorcita indumentaria del Ejército Libertador de Nicaragua.

—¡Pobre diablo! —exclamó Hatfield— ¡A ver si se le olvidan los siete pesos!

—Por lo menos esta vez —añadió el intérprete— comerá comida de gente. Debe ser lo que comen que hace idiotas a estos pueblos atrasados.

CON UN ANDAR suavecito se fue alejando Peño. “Tiene razón mi General”, iba pensando. “A los yanques cualquier latino se los pasa por los güebos cada vez que quiere. Tal vez son así de brutos por lo que comen...”.

Todo él se sonreía solo.

“¡Ah sorpresa la que se va a llevar mi General!”, pensaba. “Los botellones calientes se los doy a la Felicitas. Tomá, mi vida, para que me guardés calientito el cariño. A lo mejor se me enoja y me los avienta” —y Peño se reía bajito imaginándose a la Felicitas con los botellones.

La Felicitas le gustaba. Le gustó desde que la había visto la primera vez, dándole de mamar a la cría. Ya gateaba el tierno, arrastrándose sentado. Arrastrándose se había

metido cerca de las bestias mientras los hombres peleaban y las mujeres echaban tortillas. Y cuando la voladura del Fortín, una pata aterrorizada lo había destripado. ¡Pobre la Felicitas!

¡Quién quita que quisiera tener de él otro hijo! Peño iba soñando. “Felicitas”, fantaseaba que le decía, “aquí traigo al Tata Cura que nos eche la bendición”. Peño reía. ¡Casarse!

—Los hijos se deben tener de casados —les había dicho el General alguna vez—. Yo no quiero que me anden sueltos oliendo naguas como chuchos. A mí me tuvieron sin casorio, y otra mujer que no era mi propia madre me crió...

Sus soldados le habían oído con respeto.

—Cuando Nicaragua sea libre, que cada hombre tenga su esposa, cada mujer su marido, cada pareja su casa y su finquita propia, con su chagüite y su milpa, su yunta de bueyes y su arado y con los hijos que Dios mande, criados por padre y madre. Por eso peleamos. Mi padre tiene una hacienda: cafetal, frijolar, potreros de humedad; y su esposa es señora. Mi madre no tiene nada, y ahí anda... ¡Yo no quiero que las madres anden así! Por eso peleamos.

Suavecito el andar de la mulita parda. Tranquilo, descansado, Peño iba recordando las enseñanzas de Sandino.

¿De quién sería el chavalo que se le murió a la Felicitas? De alguien con hacienda tal vez, y con esposa que era señora, mientras que la Felicitas ahí andaba con la criatura hasta que una pata de bestia se la destripó... Sandino tenía razón. Una casita, una finquita, su yunta de bueyes, y la Felicitas echando tortillas sólo para él... Al primer hijo le

pondrían Augusto, en honor del General... “Mi General, le vengo a pedir una merced. Que me lleve a la pila al cipote miyo y de la Felicitas...”. —“¿Están casados?”. — “Sí, mi General. Por eso peleamos”.

No era más claro, no era más límpido, el cielo relumbrón de Nicaragua que el corazón de Peño. En la lejanía se alzaban, azulados, los cerros de las Segovias con los repechos de púrpuras. Todavía no era mediodía; las sombras caían a su izquierda. Cuando miraba a su derecha, contra el sol, Peño veía alzarse trémulo y cristalino, como una lámina finísima de vidrio que se moviera en el viento —¡y no soplabla viento!— el vaho de la tierra enardecida. Los campos de escoba lisa estaban yertos. Verde, por donde iba, sólo había las coronas de piñuelas con su racimo de oro en el regazo, formando viejos cercos de sembradíos abandonados.

El calor no le pesaba a Peño. Tenía buenas venas. La sangre le fluía sin estorbo, acostumbrado a aquel solazo. “Pacapacapaca”, hacía con su andarcito fino la mulita parda, y era como un cantar el ruido de sus cascos menudos.

En el término del llano, divisó Peño una mancha que se movía. “Aquel es el Tata Cura con mi recua”, se dijo, y si hubiera tenido espuelas se olvida de lo que el General le había dicho y se las clava a la mulita parda. Peño se puso a chiflar “La Cucaracha”.

EN EL CHIPOTÓN lo malo era que las noches taladraban los huesos con un frío que daba carraspera. Hacía falta chamarras. El General no permitía fogatas nocturnas. La enramada se había construido más fuerte que en El Chipote, porque aquí no había hondonada que la abrigase.

“Los nortes van a ser fregados”, había dicho el General. Por ese lado, mirando a Honduras, se levantaron horcones dobles. Para darle mayor resistencia al bajareque el General había ordenado travesaños, que formaban cuartos. Uno era la Oficina Central y aposento del Comandante en Jefe, otro era del Estado Mayor, otro, grande, de las mujeres; lo que quedaba de corredor era para la tropa. Como se venían las lluvias, el techo se había hecho en gran declive, de ramones de pino. Sobre El Chipotón volaban casi a diario los aviones yanquis sin percatarse de las transformaciones que sufría.

No buscaban mucho por allí sino que seguían hasta Honduras y torcían al lado del Caribe por si daban con la banda de mexicanos a la que atribuían su desastre del Corrental.

2

Washington había hecho representaciones diplomáticas a México. El embajador mexicano le había asegurado a míster Kellogg que “particulares quizás, *motu proprio*, pudieron haber salido de México para pelear en Nicaragua”, pero que grupo armado ninguno había ido con la representación nacional mexicana al hermano país, estando como estaba México “en paz con el pueblo nicaragüense”. La cola de la nota mexicana llevaba ponzoña: “Las únicas tropas extranjeras que hacen la guerra en Nicaragua, como es notorio ante la faz del mundo, son las de los Estados Unidos”.

La casa Morgan, capitana de Wall Street, insistía en que entre Washington y México no hubiesen mayores enredos. Los abogados hispanoparlantes de la *Electric Bond and Share* habían tenido conversaciones importantes con

“un coronel mexicano” en las oficinas centrales de ese *trust* de la electricidad en el número dos de la calle Rector, en Nueva York. A Coolidge lo presionaban los banqueros internacionales para que nombrase embajador en México a un socio de Morgan quien representaría la comedia de separarse de la calle Wall pero bajo instrucciones de acaparar la electricidad en México para la calle Rector.

“Si hay mexicanos”, decían las instrucciones que la Secretaría de la Marina le dirigió al general Feland, “procure su eliminación por todos los medios sin omitir ninguno, pero sin provocar escándalo al respecto que pueda acarrear complicaciones internacionales. La Administración tiene el más vivo empeño en fomentar con México las relaciones más cordiales”.

—Si son mexicanos —había dicho Moncada— deben estar en los pueblitos. Yo conozco a los mexicanos, general Feland. Son bandoleros. El saqueo es lo que les atrae.

—¿Qué sugiere usted, general Moncada?

—La concentración de todos los poblados a puntos determinados, como Jinotega y Matagalpa. Ya se verá entonces en qué pueblitos están los mexicanos.

En hojas volantes impresas por millares se editó la orden de concentración al Ocotal, a Jinotega y a Matagalpa de los pobladores de El Retiro, Cuigüina, Apanás, La Gallina, Cedro Tronchado, Condega, Totogalpa, Jamailí, y setenta caseríos más de las Segovias. Durante quince días los aviadores estuvieron lloviendo los papeles de aviso. ¡Infelices los que no supieron leer! Sobre ellos, para espantar de su escondite supuesto a los imaginarios mexicanos, llovió fuego de los aviones yanquis. Ancianos y niños, y mujeres de todas las edades y hombres pacíficos,

fueron asesinados sin clemencia desde el seguro del aire. Sus chozas de caña mansa, bambú y palma, ardieron con fuego veloz en llamaradas crepitantes, deslustradas bajo el deslumbrante sol de aquellos días, y luego se quedaron echando humo.

3

—Vea, padre, no le tenga miedo a mi General. Pero si quiere un consejo, quítese la sotana.

—¡No fregués! Me quedo en camisola y si agarro pulmonía me viene doble. Estoy empapado en sudor.

—Pero en ninguno de los güebos le pasaría nada, ¿verdad mi padre? Digan lo que quieran, ¡usted es hombre! Mire que yo no ando con cuentos. A los cochones no los puedo ver ni pintados. Ya le dije que no los perdoné a míster Navas y su fiador. Pues óigame ahorita que en la cara de cualquiera yo digo que usted es un tayacán. Pero mejor fuera que cuando se desmonte no me lo veyan so-tanudo. Eso es todo.

—Si me seguís jorobando, me devuelvo.

—¡Lo guindan los yanquis!

El Tata Cura no alcanzaba a cerciorarse de si Peño hablaba en serio o en guasa. Iban por una encajonada pol-vosa, muy serenos en las mulas yanquis, trotando a paso de camino. Peño halaba de un mecate la mulita parda del General Sandino. La recua seguía detrás.

—¡Sos que ni la casimpulga! —exclamó exasperado el clérigo—. Capaz te creo de hacerme comer ñaña.

Las mulas yanquis iban inquietas. Tábanos y gar-rapatas se aferraban a su piel. Las colas recortadas, que

tan bonitas les lucían en las paradas militares, sacudíanse ahora con desesperación.

De la hondonada salieron amarillos de polvo los dos hombres. Torcieron apartándose del camino que llevaba a Quilalí, y cogieron a campo traviesa pisando mala yerba hacia el borde del bosque que se alzaba como una faja parada al Oriente. El sol les caía perpendicular en las cabezas.

Toda esa tierra había sido bosque hacía centenares de años. El hombre, derribador de árboles, había abajado trecho a trecho la vegetación altiva en “limpias” aborígenes; había incendiado claros en la tupida selva; había sembrado maíz. La mala yerba vengaba siempre al bosque. Después de una docena de cosechas del buen grano, el sembradío se tupía de mozote. El hombre abandonaba su campo y le robaba a la selva otro pedazo. Así, por leguas y leguas, en lucha de todos los años, la jungla primitiva se había ido retirando más y más al Este, y una vastedad de tierra fértil pero irremediamente enmontada se había ido formando al amparo del hombre inerme para combatirla.

Al paso de las mulas brincaban saltamontes en todas direcciones, y más que animales parecían pringues de agua sólida levantados al caer los cascos sobre el suelo.

A ratos eran largos escorpiones los que huían entre el monte. Pájaros atrevidos seguían a las bestias y cosechaban saltamontes con el pico, o arrancaban patacones de los lomos de las bestias. Soplaban un viento seco que había dejado todo frescor, toda humedad, en la selva vastísima que cubría por entero el litoral del Atlántico. En medio de aquel mar de tierra cálida se alzaba como un islote un grupo de jícaros torcidos de ramas de las que colgaban macizos frutos verdes entre raras hojas en cruz de palos

delgados. Sus raíces se hundían en barroso tremedal, seco ahora, todo agrietado en la superficie, pero húmedo sin duda por debajo. Allí alzaba su chillido perenne la chicharra y había un olor de hojas podridas. Entre las horquetas de los jícaros habían hallado seguro las aéreas raíces de las orquídeas, secas ahora pero que con las primeras aguas florecerían con colores de oro, de lila, de violeta, y con formas de insectos gigantescos.

El tema de la sotana seguía ocupando la habilidad dialéctica de Peño y del Tata Cura. Antes de entrar al bosque Peño ganó la singular disputa, pero el triunfo, como todo triunfo, sólo lo tuvo a medias. El clérigo cortó con cuchillo toda la circunferencia del hábito talar por la cintura, desprendiendo las faldas, y se quedó en pantalones con una chaqueta chinga de cuello cerrado y mangas largas.

—A ver, Tatita, se la llevo yo —dijo Peño, y el sacerdote, siempre dispuesto a que lo sirvieran, cedió el faldón después de haberlo doblado de los pliegues con cuidado.

En el bosque reinaba la media luz. La tierra era húmeda, alfombrada a trechos con flores amarillas o blancas caídas de tan alto que no se podían distinguir las ramas en que habían florecido, y enmontada con vegetación rastrera de coludos y mil helechos más; algunos arbóreos de abolidas flores se alzaban como antes del Diluvio hasta a veinte pies de altura. Robles y genízaros, guásimos, caobas y nísperos seculares elevaban las rectas columnas de sus troncos a más de cincuenta metros, en porfia unos árboles con otros por coger sol y brisa fresca, formando con sus vastas ramazones espaciosa bóvedas de las que pendían bejucos retorcidos entrelazados en intrincados arabescos y trenzas colosales. Allí chillaban monos caras blancas saltando de

rama en rama y meciéndose en trapecios de lianas. Martilleaba el pájaro carpintero, zumbaban las abejas zumbonas que no hacen miel pero van de flor en flor en tarea de fecundación; flotaban las nubes de jejenes como velos de enlutadas fantásticas, volaban los gorriones de esmeralda y zafiro y encendido rubí, rivales de las orquídeas pegadas en cualquier hueco de los árboles con flores pretensiosas sobre los moños de sus raíces hechas garfios en el aire. Infinidad de pájaros anunciaban su presencia con el ruido de su vuelo, invisibles contra la ramazón; dulce cantar del chichitote, tonto el del güis, irritante la alharaca de chocoyos y el regañar de lapas. Un rumor de hervidero bullía en el ambiente; una humedad cálida flotaba en aquel aire sin movimiento, atmósfera estancada. El terreno se hundía en zanjas, se levantaba en colinas, formaba ciénegas. Los charcos se veían blancos o amarillos o color de brasas, de las tupidas mariposas posadas allí.

Al revolotear los papillones, asustados por la aparición de las bestias, brillaban los lodazales con tintes metálicos de linfas negras y de lama verde bajo un vuelo de flores animadas.

Bosque adentro brotaban ojos de agua borboteantes, corrían límpidas corrientes cantarinas entre piedras que eran abrigo de morados caimanzuelos; formábanse anchos estanques cristalinos donde los colibrís, cuyas rápidas alas no podría distinguir el ojo humano, se bañaban cerniéndose sobre el agua un instante, zambulléndose de súbito, y saliendo ligeros en gozo de frescura una y otra y otra vez.

Peño removió el agua de un recodo, azotándola con una vara de bejuco para espantar caimanes y escorpiones si por ahí los había. Las bestias bebieron quietamente,

soplando lejos los insectillos que patinaban con finísimas patas sobre el espejo líquido como sobre una lámina de vidrio.

El recorte de sotana volteado al revés les sirvió a los arrieros de mantel. El chocolate caliente, las carnes frías y las galletas saladas de los marinos rindieron una merienda magnífica. Ya comido, el cura quiso pasearse para hacer la digestión.

—Por aquí anda un tapir —dijo, señalando el rastro del pesado animal.

—Si lo quiere ver, ahí viene —respondió Peño al oír un ruido de maleza violada.

Más inteligentes que él, las mulas se sacudieron de pavor, apiñándose.

—¡Cuidado, padre!

No era tapir el animal que apareció al otro extremo de aquel claro en el bosque, sino un hermoso jaguar que se quedó con todo el cuerpo tieso batiendo el aire gallardamente con la potente cola.

Los animales relincharon y se pusieron de flanco hacia el felino, mirándolo arcanamente, listos a defenderse a coces. Peño estaba paralizado. El Tata Cura había quedado fuera del ruedo que las mulas formaban.

La fiera dio un paso y otro y otro, deliberadamente, majestuosamente, terriblemente elástica y airosa hacia el hombre indefenso, y cuando parecía que iba a saltarle encima, se volteó de repente y huyó a la espesura.

—Démonos prisa de salir de aquí que si nos agarra la noche en este paraje de nada le sirven los escapularios, padre, —dijo Peño.

Pero no era fácil llevar la recua. Un pavor indecible les hacía flaquear los remos. Se les veía el paladino temblor de sus mortales carnes despavoridas. Inflaban las trémulas narices sensitivas oliendo miedo espeso. Iban con sobresaltos de continuo espanto. Meneaban las orejas y alzaban las cabezas con terror mudo. El jaguar, invisible entre el denso matorral, acompañaba a los trajinantes.

Ir montados era imposible en el bosque, y menos con el pánico de las mulas. Peño y el Tata Cura iban a pie, jalando de los cabestros sus monturas que a veces se negaban a dar paso.

—¡Si me hubiera traído el Cristo gordo! —dijo el Tata Cura.

—¿Qué Cristo gordo, padre?

—¡La pistola, hombre, la pistola!...

—Mejor que no, padre, que si por fachento le dispara y no lo mata, entonces sí que coge rabia ese tigrito y se lo almuerza.

LA MARCHA ERA ANGUSTIOSA, lenta. Hombres y bestias estaban cuajados de sudor. Fuera, tal vez había luz aún. La penumbra del bosque se fue haciendo oscuridad completa, oscuridad sólida, húmeda, pegajosa como la lama pegada a los troncos de los árboles, donde anidan alacranes miedosos y traidores. El olor de los floripondios, exquisito al principio, se volvía mareante. Los moscos chirriaban con zumbido encolerizador y picaban con furia. Ya no se podía ver.

—De aquí no pasamos, padre. Cuidadito se sale del medio. Agárresele bien a la bestia —dijo Peño.

Los animales, en el descanso, habían formado círculo de defensa. En todo el bosque se intensificaron los ruidos del día volviéndose más ásperos, asustones y trágicos. En lo alto se oía el chismerío chillante de los monos como de gente que habla horrorizada todas a un tiempo alrededor de alguien, en plaza pública, que hubiera sido acuchillado o que hubiese caído con síncope epiléptico. Soplaban el abaniqueo tétrico de los murciélagos. Lejano y doliente daba su canto melodioso un cenizote, más pesados que ruiseñor, más delicado. Se veían débiles fosforescencias. Eran gusanos con linternillas de quiebraplata en sus dos extremidades. Se adivinaba el raudo vuelo del gavilán a caza de pájaros incautos, y el reptar de serpientes noctívagas que son el terror de los nidos donde la madre falta. Y entre los helechos, encendiéndose y apagándose, reflejando el brillo de los chapiollos que Peño y el Tata Cura habían prendido y fumaban para envolverse en humo contra los moscos, relumbraban los ojos del jaguar que daba vueltas en derredor de los atemorizados animales, batiendo en compás de ritmo fatal su recia cola.

—¡Carajo! No haber ni una briznita seca, ni una astillita que encender... —decía lamentándose el Tata Cura.

LAS MULAS SE EMPUJABAN unas a otras girando en círculo. Eran sus movimientos nerviosos, espasmódicos. El suelo bajo sus cascos se volvía lodo resbaloso.

Los hombres acabaron los chapiollos que fumaban, y encendieron otros con la brasa de los cabos de los primeros. De las altas ramas les caía una lenta lluvia de hechas gotas gruesas. Al acabar los últimos chapiollos quedaron en absoluta oscuridad. Ya no le veían el brillo de los ojos al jaguar, sólo oían el ruido de sus brincos al tronchar maleza.

—El jodido está esperando tener hambre —dijo Peño—. Lo que nos salvaría es que se hubiera comido al tapir.

De pronto se oyó un alarido intenso que parecía de garganta humana.

—Parece cristiano ese mico chillón —dijo Peño.

El alarido se repitió y el bosque todo se estremeció y se quedó en silencio un largo instante.

—Alma que se lleva el diablo es lo que parece —dijo el cura.

—Padrecito, ¿por qué no hace un milagro?

—¡No seás sonso! ¿Cara de santo me habrás visto?

EL PAVOR NO LES DABA tregua a las bestias. Se les sentía temblar, temblar. El ruidaje entre los helechos se volvía más voluminoso.

—¡Chocho, Tatita! Como que son varios tigrillos. —Será la hembra; será toda la familia.

Ahora se distinguían, entre todos los ruidos de la selva, los bostezos felinos.

—¡Ya les va viniendo el hambre!

—¡Agárrese bien, padrecito! Ahí verá lo que vale una buena mula. Ni se creya que el tigre se expone a una pateada. Lo que me está jodiendo es la garuga... Tengo un frío pencón.

—HOY SON LOS MISTERIOS gozosos —dijo el clérigo—. Primer misterio, la Visitación del Ángel...

—Yo que no creo en rezos, padre. Para mí, las candelas. Un manojo quisiera tener, y el santo para ponérselas.

—¡Dios está en todas partes!

—Así será, Tatita. Pero los pobres con los santitos nos conformamos. Dios hace Su voluntad, que lo mismo es que nos coma el tigre como que nos afusilen los yanques, pero los santos son los que hacen milagros. Ahí tiene al Santo Cristo de Limpias y al Señor de Esquipulas. Con esos sí voy yo con más confianza que con Dios...

—Segundo misterio, la Virgen Santísima visita a su prima Santa Isabel. Dios te salve María...

LOS RUIDOS DEL BOSQUE se fueron haciendo más diabólicos. Había chiflidos de pájaros en cuya entonación se adivinaban amenazas, mentadas, burlas de Satanás. Parecía como si las potencias infernales opusieran sus fuerzas a los rezos que el sacerdote mascullaba. El terror temblaba en la voz del rezador.

—No se deje coger del miedo, Tatita, porque se bruñe.

—¡Vos no sabés lo pecador que soy, las cuentas que me lleva el Malo!

—A mí son las cegas a las que les tengo un poadi madre. Pero aquí estamos seguros. Los tigres no las dejan pasar. Ni qué iban a saber las malditas que por aquí veníamos. Mejor quiero que me alcance una bala que no que me juegue una ceguá.

—Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal... El Tata Cura creía haber agotado los rosarios y les daba a los trisagios. Las interrupciones de Peño no le ofendían.

—Yo me sabía “La Magnífica”, pero ya se me olvidó. Usted va a ser bueno, padre, para los que se estén muriendo. Pero como le iba diciendo, la cegua sí es cosa seria.

Las mulas se alborotaron.

—¡Agárrese bien, Tata!

Los jaguares, sin embargo, no los habían atacado.

CON FINA GRADUACIÓN de luz se fue aclarando el bosque. Se cernía el claror malva como una niebla fina. A los ruidos de espanto de la larga noche helada sucedieron cantos de pájaros familiares, voces claras de aves conocidas. Los helechos tronchados mostraban que debían de haber sido varios los jaguares de la noche. Con el amanecer se habrían cansado de su asedio. La tranquilidad les había vuelto a las mulas.

—Ya estoy conchudo del paniquín de esta noche, hijo; que si no es por vos quién sabe que me pasa. Voy que casi me topo de frío remojado...

—Caminandito nos calentamos, padre. Veya que si nos agarra otra noche, a lo mejor nos güelen las ceguas y persiguen. ¡Vuele caite, a ver a qué horas salimos de este monte!

4

Cansado como estaba, Peño no pudo reprimir su buen humor al llegar al campamento de El Chipotón.

—¡Los que se quieran casar, aquí les traigo al padre! ¡A ver muchachos valientes y jóvenes hermosas! ¡A

besarse los cachetes, y que si hay chigüines, que tengan padre y madre!

—Ydiay, mi alma —le dijo a la Felicitas—. Para que veás que no te olvido. Aquí te traigo... naguas: ¡pero de hombre! ¿Quién me da de comer? Que vengo con las tripas en hilo... ¡Vivanderas más pelmas!

—¡La sonta de tu agüela! —le repuso la joven mientras miraba y remiraba las faldas de la sotana.

No le gustaron. Se las devolvió a Peño:

—Tené tu trapo. ¡La hija de mi madre se iba a poner eso! ¡Cara de zopilote me habrá visto! Eso es de luto y tray mal agüero. Cuidado no te pese.

El Tata Cura había presenciado la escena sin inmutarse.

—¡Sería mi suerte! —exclamó Peño—. Veya, Tatita, a ver si quiere volver a pegar su sotana.

Los circunstantes rieron.

—¡Si sos el diablo andando! —fue todo el comentario del Tata Cura.

El capitán Ferrara, inconfundible con su larga melena rubia, vino corriendo a abrazar a Peño. Salía de la Oficina Central.

—¡Tenés más vidas que un gato! ¡Sos arrechó vos! ¿Cómo te las arreglás? El General dice que vos sos su mano derecha. Está descifrando un despacho del coronel Estrada y que en cuanto termine te manda a llamar.

¡A que te hace mayor! ¡Ya me pasastes, chocho!

—¿Y el coronel Umanzor?

—Con el General. ¿Y vistes cómo tenemos todo esto? Y, allá abajo están haciendo trincheras los tayacanes que mandastes vos y un cura.

—Conocelo, aquí está. Tatita, este es mi hermano, el capitán Alejandro Ferrara. ¡Este es el padre que debiera ser Papa! ¡Pencón!

Así charlaron un rato.

—¡Muerto de hambre, comé! Coma usted, padrecito —dijo la Felicitas.

Los ojos le brillaron a Peño.

—¡Ay, india ingrata! —exclamó—. Traigo otra hambre mayor que con esos modales te me darías toda para calmarla.

—¡Ni que fueras el último hombre de la tierra!

—¡Sería mi suerte!

ESTRADA AVISABA QUE había cerrado trato con la casa alemana de Sircker por 1,000 sacos de café a razón de siete dólares el saco, entregado en la frontera; que el precio del grano en plaza era de dieciocho a veinte dólares el quintal. “Los judíos son más ladrones que Judas. Para mayor precaución quieren que les metamos el café en sacos de su propiedad marcados *Fritz Sircker Cia.*, para hacerlos pasar como que se los mandan de la hacienda de esa empresa en Nicaragua que tienen por Jinotega”.

El portador de la carta era un recluta, un negrito de Panamá apellidado Carrera. “Se vino”, decía Estrada, “con un nica con quien trabajó en Puerto Armuelles. Allí mataron a un capataz yanque que sólo a lo cafre los trataba. Le

probé la puntería y es cabal. El nica, que se llama Florentino Gutiérrez, se ha quedado aquí, con una tos con fiebre que me parece que cualquier día boquea. Pero si se alivia, ay llegará también. Como le he oído decir a usted que los yanques deben devolverle a Panamá su independencia, tal vez resulte buena madera este recluta panameño”.

—YO CONOZCO ESA HACIENDA, General —le dijo Peño a Sandino—. El mandador es hombre de muchos libros y dicen que peleó en la guerra europea.

—Tengo un plan —dijo Sandino—. A siete dólares el saco, nos roban por lo menos once dólares. ¿Qué le parece, capitán Peño, que vayamos a esa misma hacienda y les vendamos su propio café a los Sircker?

—Lo que usted mande, General.

—Lo malo es que a usted tengo otra comisión que proponerle.

—A la orden, mi General.

—No. Déjeme pensarlo bien. Ahora a lo del cura.

—Yo se lo dije, que se quitara la sotana, y ahí lo ve que vino como hombre propio.

—Eso no es nada. Ser cura es cosa de adentro. Quiero que entienda una cosa, capitán Peño: usted me responde.

—Vea, mi General, aunque me esté mal decírselo a usted que es mi jefe...

—¿Qué?

—Que mi Tata Cura se pega al lomo de una mula como clavado. ¡Hubiera visto usted que corcobeos los del

animal cuando le pegué la brasa! Y el Tata Cura sirve para traernos gente...

—¡Pescador de almas! —exclamó Sandino.

Peño no entendió la alusión.

—Eso dice él mismo, que es un gran pecador. Hasta creo que tenga su panteoncito propio.

—Capitán Peño, ¿le gustaría que lo ascendiera?

—¡Mi General!

—¿Le gustaría ser coronel?

—No lo había pensado. ¿Pero qué más haría que lo que hago? A quien me gustaría ver ascendido es al capitán Ferrara.

—Capitán Peño, le quiero decir de una vez por todas que nadie es más valioso que usted. Llame al capitán Ferrara.

Peño fue por su camarada.

—Capitán Ferrara, quiero anunciarle que por sus méritos propios y por recomendación del capitán Peño, queda usted ascendido a coronel del Ejército Libertador de Nicaragua.

—¡A coronel, chocho! ¿Y él, mi General?

—Él es el capitán Peño y capitán Peño se queda.

—¡Pues no acepto el ascenso!

—¡Usted acata órdenes, coronel Ferrara! Puede retirarse.

EN LAS LADERAS DE EL CHIPOTÓN se cavaban trincheras y se les ponía tordo. Faltaba un mes para que comenzaran las lluvias que se anunciaban copiosas. El Tata Cura decía que las trincheras le recordaban las catacumbas. Del Cuartel Central, en la cumbre, se perforaban caminos en zanja hasta las trincheras. El trabajo era inmenso.

Ferrara había salido en diversas comisiones hasta el Ocotol, comprando víveres. La orden de concentración que los yanquis habían dado sembró el pánico en la tierra. Los comerciantes acaparaban el maíz y los frijoles y el arroz, para vendérselos a los cafetaleros a alto precio. Ferrara unas veces compraba, otras asaltaba las cargas; luego desarrolló la táctica de comprar primero, poner la mercancía a seguro, y asaltar al vendedor para recobrar lo pagado. Así, siempre tenía con qué pagar y para obtener las provisiones no necesitaba gastar tiempo regateando precios.

EL TERROR QUE LOS YANQUIS imponían con su concentración y el bombardeo de aldeas infelices, y el otro terror que sembraba la cuadrilla de Ferrara, mantenían a las Segovias en alarma perpetua. Herr Hagedorn, el mandador alemán de la finca de los Sircker, comprendía la situación. La propiedad a su cargo venía a ser una especie de asilo. Tenía la seguridad de que los yanquis la respetarían, y que bandolero ninguno se atrevería a asaltarla. “Germania” se llamaba la hacienda. A la “Germania” acudían familias enteras. Hagedorn les proponía darles rancho a cambio de trabajo cortando café. Si no querían, podían irse.

Las familias enteras se quedaban. El veterano alemán calculaba en elevada suma de marcos oro lo que se embolsaría de no pagar jornales. “Ayúdate que Dios te ayudará”, era su lema. A los marinos los detestaba cordialmente.

Toda noticia de descalabro que sufrían le alegraba el corazón. Por los nativos no era odio el que sentía sino un desprecio sin átomo de pasión. Dios los había creado para el servicio del blanco. Y blanco puro, sólo el alemán. La “Germania” por ser propiedad alemana era lugar sacrosanto. Frente a la casa de habitación, en una asta noblemente erguida, flotaba orgullosa la bandera del Imperio de Alemania. Hagedorn era alemán de la vieja escuela. Había acompañado al príncipe Henry von Prussia a Centroamérica. Su alteza se había establecido en Costa Rica. Él había logrado la gerencia de la “Germania” en las Segovias nicaragüenses. Era aficionado a la historia y poseía una biblioteca que era el asombro de sus mozos.

SANDINO DECIDIÓ ir en persona a la “Germania” a arbitrarse los mil sacos de café. Ferrara lo acompañaría. El coronel Umanzor seguiría de cerca con una escolta que impondría respeto.

—Coronel Ferrara, los alemanes nos deben un capital desde hace medio siglo. No me acuerdo de todos los detalles pero el coronel Estrada lo sabe. Él ha leído la historia. Cuando Nicaragua esté libre se le enseñará esa historia al pueblo. Quitarles a los alemanes en Nicaragua es recobrar un poquito de lo que Alemania nos arrebató. ¡Hubiera vivido yo entonces!

—Yo sé de eso —dijo el Tata Cura—. ¿Usted conoce, mi General, a don Francisco Javier Medina?

—Personalmente no, pero lo he oído mentar.

—Ya es un viejito pecador que se empina para que lo crean alto. Así es de menudito que como que Dios lo hizo para ayudar a misa. Pues él fue el encargado de llevar

las talegas de plata al buque de guerra alemán. Entonces era joven y se portó a la altura. Yo se lo oí contar al padre Casco en el Seminario. Ustedes no conocieron al padre Casco. Si viviera, aquí estaría.

—¡Tatita Cura más fregado! —exclamó Peño—.

Vaya por partes, Tata, o me deja en ayunas.

—Pues comienzo *ab ovo*.

—Comience por el comienzo, padre, que será lo mejor —interpuso Sandino.

—Dios te bendiga, hijo que no saber latín no es pecado. Pues, el comienzo es que éste era un alemán que vivía en León y que tenía negocios. Era negociante y de los buenos, pero muy bravo.

—Así son —dijo Peño—, como si tuvieran sangre de chicha fuerte. Tal vez por eso sean tan colorados.

—Este señor alemán se había casado con una nica y tenía familia.

—Eso tienen los alemanes —dijo Sandino—. Se casan con las del país, hasta con las cocineras. Si se enamoran, se casan.

—Pues era casado con nica —prosiguió el Tata Cura—. Yo conozco en León la casa donde vivía. Y cuando la hija mayor ya era grandecita, se le enamoró de un nica de apellido Leal.

—Leal —dijo Sandino—. Conozco el nombre. Siga, padre.

—Se casaron los jóvenes y se fueron a pasar la luna de miel a una finca que en el cerro de Chichigalpa tenían los Mayorga.

—Esa finca la conozco yo —dijo Ferrara—, porque yo soy de ese lado. Se llama la “Bellavista” y desde la cumbre del cerro se mira el mar.

—Pues que vuelven de la luna de miel y comienzan a vivir juntos y a tener sus pleitos, como todos los casados. Porque ese inconveniente tiene la vida, hasta que se acostumbra el marido a la mujer y la mujer al marido.

—¡Échele leña al fuego! —exclamó Peño, pensando en los pleitos que tendría con la Felícitas si se casaban.

—Pues en uno de los pleitos que la mujercita se le va a Leal a casa de su papá, y llega llorosa. “¿Que te pegó el marido?” —“¡Sí!”. —“Pues se las va a ver conmigo”. Y el suegro alemán rugía de furia. Él importaba cerveza y dice a beber vaso tras vaso, como si estuviera con el cónsul yanqui que era su amigo. Juntos se pegaban a beber cerveza horas y horas hasta que rodaban.

—Se olvida de decir, padre, que ese alemán era cónsul de Alemania.

—Cierto. Lo habían hecho cónsul. Porque no vino de cónsul sino que aquí lo hicieron. Lo mejor para Nicaragua sería no dejar entrar cónsules ni nada del exterior, pero ni curas. Porque ahí ven los jesuitas y capuchinos y los hermanos cristianos que nos han traído los gobiernos que sólo sirven para cogerse lo mejor y a los del país nos echan al monte, y el Seminario cada vez para atrás. Yo se lo he oído de sus propios labios al señor Obispo...

—Vuelva a su alemán, padre —ordenó Sandino. —Pues el papá de la muchacha dijo que juraba por todos los santos le iba a pegar a su yerno, que lo iba a dejar hecho una ánima bendita y hecho un sunicuijo a garrotazo limpio, que por Dios que lo iba a malmatar. Y la muchacha

que se alarma y le entra un frío de miedo y le manda razón al maridito, que se cuide, por Diosito mi lindo, que su papá lo quería asesinar y que no era culpa de ella.

—¡Mujeres! Todo lo alborotan, y después, que son ángeles —exclamó el coronel Ferrara.

—Y ahí tienen —prosiguió el Tata Cura— que Leal va por su mujer y se topa al suegro en la calle, y el suegro que levanta el bastón, y Leal que se lo quita y lo apalea. “¿Con que por todos los santos? ¿Con que me iba a dejar hecho una ánima bendita? ¿Con que me iba a malmatar?”. Pégale y pégale que ya es tarde. Cada pijazo que le arrea-ba le acrecentaba las ganas de darle más. Y el alemán empanzado de cerveza quedó hecho un “Señor de la Columna”. Ahí lo recogieron. Pero se quejó a su gobierno y su gobierno le impuso a Nicaragua que pagara. Eran treinta mil bambas peruanas que ahora serían una carretada de córdobas.

—Yo he visto bambas de ésas —comentó Ferrara—. Son rueditas de carreta, así de gruesas y así de redondas.

—Lo que yo he visto son macacos —dijo el capitán Peño.

—Con treinta mil bambas de ésas —continuó el Tata Cura— yo calculo que se podrían mandar decir misas de ahora al fin del mundo.

—¡Por ahí le sabe el dulce, padrecito! —exclamó Sandino.

—No hablés sonseras —repuso el Tata Cura— y dé-jame acabar el cuento, que es que el gobierno de Nicara-gua le escribió a los Estados Unidos que no dejara que Alemania se empajara en nosotros. “Si pagamos lo que se

nos exige”, decía Nicaragua, “en primer lugar se comete una gran injusticia. En los pleitos de casados que ni los suegros se metan, contimás que no se metan los gobiernos. Lo que es de leyes de la Iglesia. Y en segundo lugar, ¿con qué iba a pagar Nicaragua a los empleados públicos?”. De lo que yo colijo, una de dos: que las treinta mil bambas eran córdobas en paleta, o que Nicaragua estaba en la real quema.

—Las dos cosas —afirmó Sandino—. País rico, México. Yo he visto correr el oro. Pero si le aprietan los tornillos, hasta aúlla de lo que duele. Por eso México hace bien en no pagar su deuda.

—¿Debe mucho, General?

—Millonadas.

—¡Dios la ampare y la favorezca! Nicaragua no pudo. Oigan lo que dijo el gobierno yanque. Contestó que para qué se andaba metiendo Nicaragua en berenjenales con los gobiernos europeos. Y ahí tienen que manda el Kaiser una escuadra a Corinto con los cañones apuntados y toda la tropa lista, y el admirante...

—Almirante, padre —corrigió Sandino—.

Y el admirante dice, o que paguen los treinta mil ve-rigüelyuses o va bala —siguió el Tata Cura, sin haber entendido la corrección que Sandino le hiciera.

—¡Hubiera vivido yo entonces! —exclamó Sandino.

—Ni pensabas en nacer. No había remedio. A levantar la plata y entregarla. La población se quedó de luto, así de triste. Arriaron la bandera de Nicaragua los de la

escolta de Corinto y treparon la bandera alemana y saludaron con treinta bombas porque allí no tenía cañón Nicaragua. ¡Nos humillaron! y el admirante dijo: “Bueno, ya nos dieron satisfacción. Ahora vamos a sentarnos a la mesa”. Ahí es que estuvo pencón Medinita. “¿Está eso también en el protocolo?, preguntó. Y como no estaba, muy tieso dio la media vuelta y se retiró.

El relato produjo honda impresión. Las mujeres cocinaban con leña no bien seca, y en el silencio de los hombres estremecidos clarito se oía el crepitar de los tizones.

—¿Con que eso nos hicieron los alemanes? —dijo el capitán Peño— ¡Y yo que era partidario de Alemania cuando la guerra!

—Lo que a mí me duele —dijo Sandino— es haberle pedido ayuda al yanque. ¿Por qué no le pedimos ayuda a México?

—Yo no sé si entonces había México o si sabía que existíamos —repuso el Tata Cura—. Lo que sé decir es que ahí tienen la doctrina Monroe mentada que dicen que es para defendernos de Europa. ¡Malhaya si nos defienden!

—Bueno —dijo Sandino—, hay que preparar las cosas para ir por ese café de los alemanes. ¡Todo se paga en esta vida!

—O en la otra —dijo el Tata Cura.

—Y si el alemán ese quiere un pagaré, se lo damos que se lo cobre al Kaiser —dijo el coronel Ferrara.

—¡Ya no hay Kaiser! —exclamó Sandino.

—Pues entonces que se joda —respondió el capitán Peño, y el corro de hombres soltó la carcajada.

SE LE DABA DESCANSO a las bestias que habían llegado maltrechas y cuajadas de patacón. Mientras tanto el coronel Umanzor había salido con dirección a la “Germania” para explorar el campo y dar aviso de la situación. Los días se pasaban de sol a sol haciendo trincheras, cavando hondo los depósitos para la dinamita, limpiando los rifles para que no se fuesen a ensarrar. Por las noches, junto a los convalecientes, se contaban cuentos, se armaban discusiones; adoctrinaba Sandino, y el panameñito tocaba su guitarra mejoranera y cantaba:

*Usaré lentes y leva,
pantalones a lo balón;
me pondré camisa nueva
igualita a la que lleva
el mismo gobernador;
voy a llamarme doctor
aunque metiendo la pata
ya que fue jecha la plata
para el que engaña mejor, ¡ah!*

*Y adiós al triste corral,
al maíz y al ganado,
yo quiero ser diputado
o siquiera concejal.
Me voy a la capital
a chupar en el Unión
y a mi chica, de lección
para que tenga recreo,
voy a enseñarle el flirteo,
el yas y el charlestón, ¡ah!
Voy a enseñarle el flirteo,
el yas y el charlestón.*

—¡Negro más ambicioso! —exclamó el coronel Ferrara.

—¡Oiga! —le replicó el panameño—. No me miente esa palabra. Yo soy panameño, sabe. Yo soy de Los Santos. No lo niego ni lo escondo, que lo que se hereda no se hurta. Pero negro, no, ¡compadre!

—¡Mirate el pelo murruco en un espejo, y no jorobés la paciencia!

—¡Vea qué vaina! —exclamó el panameño—.

Negro aquí, negro allá, así nos tratan los gringos...

—Las lágrimas se le salían a los ojos.

—¡Coronel Ferrara! exclamó Sandino—. La cuestión no es de espejo ni de mirarse nadie. Negro se dice en Panamá para insultar, y yo no permito que se insulte a ningún voluntario.

—¡Yo lo decía en broma, mi General!

—¡Atención todos! Desde hoy quedan abolidas las diferencias de raza en el Ejército Libertador de Nicaragua.

—Que nos eche otra canción, y se olvide el accidente —dijo el Tata Cura—. Aquí nadie te ha querido insultar, hijo; ¿verdad Ferrarita?

—Yo, no —dijo el coronel Ferrara—. Si hasta cariño le tengo. Que nos cante otra canción y se deje de dunderras.

—Ahí les va un zapatero —dijo jubiloso el panameño, y cantó:

*¿De qué te sirve afanar
para tener plata y oro*

*si no tratas de alcanzar
el verdadero tesoro?*

*¡La niña que yo más quiero,
aquella a quien tanto adoro,
la niña por quien yo muero,
ese es mi mayor tesoro!*

Mientras el panameñito cantaba, Peño no le quitaba los ojos a la Felicitas. La llama de la lumbre le hacía brillar las mejillas a la muchacha.

5

El coronel Umanzor envió correo. Se podía reclutar gente. El alemán no les pagaba. Lo malo es que cerca, en Jinotega, había un resguardo yanqui que podía caerle encima a la expedición que fuera por el café.

Aconsejaba atraerse al enemigo por el lado de Estelí hasta que la faena del café estuviera concluida.

Sandino convocó a Consejo de Guerra. Explicó el plan detalladamente: Ferrara iría con una escolta de los sanrafaeleños a ponerse a las órdenes del coronel Umanzor y llevar el café de la “Germania” a la frontera donde esperaba el coronel Estrada. Él, Sandino, con una patrulla de veteranos, se apostaría por el zanjón del Bejuco entre Jinotega y Estelí, hacia donde el capitán Peño debía engatuzar y guiar a los yanquis.

Había que distraer a ese lado a las tropas invasoras que había en Jinotega.

—Para mientras la América Latina se restriega los ojos y ve claro, necesitamos sostener la lucha nosotros

solos —dijo—. Hay que coger ese café, hay que venderlo, hay que comprar armas. Se nos viene encima el invierno con sus aguaceros. Son meses ganados. Pero cuando amainen las lluvias el yanque se arrojará sobre nosotros como una hiena, a desbaratarnos a como haya lugar. Mas si contamos con maquinitas, le vamos a dar un revolcón que sacuda a la América y asombre al mundo. Por manera que nada hay tan importante como esta maniobra de llevarse al yanque hacia Estelí. Yo me jugaré la vida atacando al enemigo en el zanjón del Bejuco, y si nos va bien, nos apuntamos otra victoria. ¿Está usted dispuesto, capitán Peño?

—Usted sabe, mi General que si me pide la vida, se la doy.

—A mí no, capitán. Todos somos hermanos, todos somos iguales. Yo soy sólo un hombre pasajero como los demás. ¡A la América Latina! ¡A ella sí! Por esto es que le pido.

—Yo hago todo lo que usted me mande, General.

—El plan que tengo es certero pero exige de usted un sacrificio romano. Si usted se les presenta a los yanques sano y salvo, lo ejecutan.

—Sería mi suerte, mi General.

—Usted debe decirles que lo atacaron los mexicanos y le robaron las mulas.

—Sí, mi General.

—Que se lo llevaron preso.

—Sí, mi General.

—Que están por el lado de Estelí en un paraje que usted conoce.

—Sí, mi General.

—Que de allí se fugó usted.

—Sí, mi General.

—Pero si está usted ileso, no se lo creen.

—No, mi General.

—Usted irá impedido.

—Sí, mi General.

—Usted pedirá que lo venguen, que ataquen a los mexicanos.

—Sí, mi General.

—Usted dirá que los llevará a su guarida.

—Sí, mi General.

—Pero si renquea, no sirve de guía.

—No, mi General.

—¡Capitán Peño, le pido que se deje cortar una mano!

—¡General!

—Que enseñe cómo lo mutilaron. Entonces le crearán.

—¡Mi General!

— Yo haría ese sacrificio, capitán Peño. ¡Es nuestra salvación!

—¡Sería mi suerte!

—¡Su mano honrada, capitán Peño!

—Sí, mi General.

SE ESPERÓ LA MAÑANITA. El General Sandino pasó revista de su ejército. Eran más de cien hombres.

—“Atención... ¡Firm! Ejército Libertador. Quiero que todos vean lo que es ser valiente. El capitán Peño va a hacer ofrenda de una mano. Va a dejarse mutilar, para poder volver entre la yancada y que le den confianza y guiarlos adonde podamos batirlos”.

“Este es un sacrificio voluntario. Cuando tengamos medalla de oro para premiar el heroísmo, esa medalla lucirá una mano cortada en memoria inmortal de este acto”.

“¡Capitán Peño!”.

—Presente, mi General.

—¡Avance!

Peño avanzó. Tenía los ojos fijos. Caminaba como si fuera de piedra.

Sandino hizo traer un trozo de cedro, un pedazo de tronco alto como una mesa. Allí ordenó a Peño que colocara la mano. El capitán lo hizo pero no pudo dejar de torcer el cuello para advertir la mirada. La frente le corría en sudor. Sandino alzó la cutacha reluciente.

—¡Mi General! —gritó, saliéndose de las filas el Tata Cura—. ¡Mi General!

Fue todo en un segundo.

La cutacha cayó cercenando dos manos. El Tata Cura también quiso ser sacrificado.

Los mutilados alzaban en alto los muñones san-grantes.

Sandino en persona les contuvo la hemorragia amarrándoles la muñeca con cáñamo fino.

—¿Por qué quiso hacer eso, padrecito?

El Tata Cura gemía.

—Yo no he sido un buen sacerdote.

—¿Duele, padre?

—No.

—Ejército Libertador, presenten... ¡arm!

EN EL CUERO ESTIRADO que a Sandino le servía de cama descansaban Peño y el Tata Cura.

Las cuadrillas se habían ido al trabajo.

—Mi mano estaba consagrada —lloraba el cura—.

Ahora ya jamás podré alzar.

—Sí, padre.

—Nunca fui digno.

—No, padre.

—Más grande es el sacrificio tuyo. Vos sos joven. Te gustaba trabajar. Yo puedo ser limosnero, por el amor de Dios.

—Lo que yo quería, padre, era casarme con la Felicitas. Ahora, coto, menos que me quiera.

—No conocés a las mujeres.

—¡Sería mi suerte, padre!

—No pensés más. Pensá sólo en cómo vamos a volver donde los yanques.

—¡A esos sí que nos los embolsamos! ¡Ay!

LA FELÍCITAS HABÍA ido por agua tempranito. Cuando volvió de abajo con la tinaja de loza sauceña en la cabeza, y le contaron, se puso a llorar.

El Tata Cura y Peño estaban pálidos que parecían de cera. Al principio no habían sentido mucho dolor. Después sí. Hacían muecas para no quejarse. El General Sandino en persona les encendió puros de cañón rayado, hondureños, que el coronel Estrada le había enviado.

—¡Felicitas! —ordenó Sandino—. Llevales café a los héroes.

La muchacha alzó la cabeza.

—¿Por qué estás llorando?

—¿Yo? Por nada.

La Felicitas llenó dos jícaras de agua hirviendo, les mezcló dulce de rapadura, les echó esencia fuerte de café.

Los héroes estaban recostados, con los ojos apretados y las bocas retorcidas.

—A ver —dijo Sandino— Felicitas, dale vos al capitán y yo al padrecito.

Peño abrió los ojos. La Felicitas se arrodilló a su lado y lo abrazó, alzándole los hombros, teniéndole la jícara con la otra mano para que el mutilado bebiera.

Peño dio un sorbo. La Felicitas lo apretaba, lo apretaba.

CAPÍTULO IV

1

Míster Eberhardt estaba abrumado. ¡Maldita intervención! Acababa de recibir la visita del encargado de negocios del Reich. La hacienda “Germania” había sido saqueada por los bandoleros, la cosecha íntegra, dos mil sacos de café, había sido robada. El mandador, Herr Hagedorn, por hacer resistencia había sido atado a un árbol y dado de palos. La casa de la hacienda estaba en escombros. El presidente Adolfo Díaz declaraba que su gobierno, por convenio con los Estados Unidos, había delegado toda responsabilidad en las fuerzas militares norteamericanas.

“Estúpidamente”, le escribió míster Eberhardt a su amigo el senador, “asumimos la responsabilidad por el mantenimiento del orden. Stimson quiso que se desarmara hasta la policía. Nuestros marinos tienen a su cargo hasta las cárceles comunes. Es inaudito. A mi juicio, Nicaragua tiene un fuerte caso que alegar al rehusar entenderse con el reclamo alemán por el que nosotros tenemos que responder. No queda más remedio que apoderarnos también del tesoro de Nicaragua si no queremos que nuestra tesorería cargue con la indemnización reclamada. Cada día que pasa nos enredamos más. El sandinismo se extiende, como es muy evidente, y cualquier día tendremos noticias de que han asaltado y destruido las plantaciones bananeras”.

El general Feland tampoco estaba de buen humor.

Una semana antes había dado a la prensa la noticia de que se habían presentado en Jinotega, pidiendo auxilio, un sacerdote y un humilde campesino, ambos brutalmente mutilados por la banda de salteadores mexicanos, que había invadido a Nicaragua. La misión de los marinos en el país, había reiterado, era librarlo fraternalmente de esa plaga. Sandino ya estaba liquidado. Ahora se liquidaría a los facinerosos mexicanos que habían sido atraídos por él.

En Washington míster Stimson, rotas sus relaciones con el presidente Coolidge pero fuertes con Hoover, el candidato republicano presidencial, le había manifestado a la prensa de todo el mundo que esos mexicanos en Nicaragua serían sin duda vestigios de las fuerzas de Pancho Villa. “He sabido”, decía Stimson, “que Sandino fue miembro de la banda de villistas que cometieron atrocidades en Columbus”.

Y ahora resultaba que al salir de Jinotega los marinos a batir a los mexicanos que se afirmaba estaban en Estelí, Sandino, incomprensiblemente vuelto de la tumba, les había tendido una emboscada y dado cuenta con más de noventa vidas.

Más aún: en Jinotega, centro de reconcentración, había surgido un levantamiento de facciosos. Pedrón Altamirano, conocido matón, al frente de un puñado de nativos había atacado el depósito de los marinos y fácilmente vencido a los dos guardias que lo custodiaban. Fuerte dotación de dinamita, rifles, bombas de mano, ametralladoras y bastimento almacenado allí había sido llevado por los hombres de Pedrón. Peor todavía: los levantados

habían cometido atrocidades, matando a los dos marinos y a la comisión electoral del Partido Liberal!

En Managua, en casa de Moncada, Julián Irías, perfectamente beodo, lloraba la suerte de sus amigos.

—Yo los mandé a su muerte —gimoteaba—. ¡Yo, yo!

2

Peño y el Tata Cura habían salido con las suyas en Jinotega. Los yanquis se horrorizaron al verles los muñones horribles todavía encostrados. Las gentes del lugar se santiguaban. En todas partes se les dispensaba compasión.

Cuando el primer mitin de los comisionados liberales para instar a todos los patriotas a votar por “el redentor de Nicaragua”, “el invicto general José María Moncada”, el Tata Cura y Peño habían sido objeto de apasionada peroración. Se les exhibía como inocentes mártires. Se culpaba al Partido Conservador de haber desatado la plaga del sandinismo sobre la nación.

Pedron Altamirano era conservador. De estatura mediana, fornido, grueso de cuello, pesado de hombros, con una voz como bramar de toro, era conocido y temido.

—Si yo pudiera —había dicho—, no serían las manos sino los brazos completos lo que les machetearía a todos los hijos de puta liberales.

Y como vociferaba sus amenazas y andaba armado de machete, prominentes liberales del lugar habían pedido a los marinos que lo encarcelaran. Los marinos habían accedido. En su reducto lo había visitado Peño.

—Veya, Pedrón, ¿qué me da si lo saco de la chirona?

—¡Nada, jodido! Pero quisiera estar libre para dar-me un par de gustos.

—Veya, Pedrón, ahí le tengo escondidito su machete. Tiene bonita cachá.

—¿Qué decís?

—Que cuando lo quiera usar, cuente conmigo.

—Vos me venís a exasperar, ¡coto chocho! Pero ve, de un solo tajazo te partiría en dos, jodidó.

—No diga eso para que no se arrepienta. Sepa que a la nohecita puede escaparse. Yo sé que mi General Sandino necesita gente como usted. Vaya pensando.

—No te entiendo.

Peño fue más explícito. El Tata Cura corroboró lo dicho. Pedrón envió a Peño a hablarles a ciertos amigos suyos, y así se fraguó la matanza en Jinotega que hacía verter lágrimas borrachas a Julián Irías y echar maldiciones al general Feland.

NO SE QUEDARON EN JINOTEGA Peño y el Tata Cura para presenciar la liberación de Pedrón por sus amigos y la matanza de liberales moncadistas, sino que acompañaron al escuadrón yanqui guiándolo al matadero.

Serían arriba de cien marinos bien armados. Los clases iban en caballitos del país arrebatados en cualquier finca de los alrededores. Sus guías también iban montados. El sargento Hemphill no cesaba de hacer preguntas. Hablaba español. Al Tata Cura le contaba que había estudiado latín.

De Jinotega rumbo al Occidente subieron lomas y bajaron lomas y entraron a un amplio campo raso, un pajonal, que a fines de verano parecía alfombra de seda, piel de oso, tapiz felpudo, de todos los tonos del oro mate, con variantes mágicos al escarcearle el viento la superficie leve. Eran millas y millas de paja seca, áurea, bailarina. En toda la extensión sólo se veía un horizonte de colinas azuladas, celestes, como fondo de pintura de Virgen, y en el azul más intenso del cielo, unas nubecillas blancas ensortijadas, en fila como jugando algún juego angelical.

Más allá del pajonal quedaba la sierra. Se subía loma pedregosa y se llegaba al desfiladero, un paso angosto, largo. Allí atacaría Sandino.

—Vámonos quedando atrás —le decía Peño al Tata Cura—, que en cuanto comience el bochinche nos disparamos juídos.

Pero Hemphill no se apartaba de ellos, iba entre los dos.

—Padre, usted acuerda, “Güeni, güidi, güiqui”, ¿eh?
—Latín —respondió el Tata Cura.

—Kaiser —dijo el sargento Hemphill. —Alemán, pues —dijo el Tata Cura.

Hemphill se echó a reír.

—Padre, usted estudió otra pronunciación, “Veni, vidi, vici”, ¿eh?

—Ah, Julio César.

—Exactamente. El latín es el único lenguaje universal.

La cabeza de la columna iba subiendo la loma pedregosa. Peño y el Tata Cura se miraban. Iban sin armas. La fuga era lo único que podía salvarlos. Los suyos aventarían bala sin andarse con exquisiteces de apuntar.

—¡Sería mi suerte! —pensaba Peño, pero sin su resignación de los días anteriores. La vida le sonreía ahora. La Felicitas lo quería.

Ya estaban al pie de la cuesta. La columna se hallaba en el desfiladero.

—Yo también estudié Quíquero —decía Hemphill. De pronto sonó la primera descarga.

Hemphill sacó su revólver y picó espuela. El caba-llo arrancó pero resbaló en una laja y dio al suelo con el jinete.

La balacera se generalizaba.

—¡Arriende de juida, padre! —gritó Peño, y em-prendió la fuga.

Con el ruido de las balas el caballo de Hemphill se encabritaba y no quería dejarse montar. El sargento se había golpeado una pierna fuertemente, y no podía moverse con destreza.

Ya los marinos volvían en sí de la sorpresa y dispa-raban también. Disparaban al azar, casi al aire, embote-llados como estaban.

Hemphill pudo al fin montarse y sonaba frenética-mente su silbato llamando a retirada. Perfectamente se daba cuenta ahora de que había caído en una celada.

Había que salir de aquella trampa. Sonaba el pito desesperadamente.

A lo lejos divisó a sus guías. Peor que peor, pensó Hemphill, pues ¿cómo iba a salir él de aquel atolladero, cómo hallaría el camino de la vuelta?

Los sandinistas redoblaban el ataque. Lo que quedaba de la columna yanqui retrocedía. Hemphill no dejaba de pitarles la retirada.

—¡Voy por los guías! —les dijo a los primeros que bajaban la cuesta pedregosa—. Escóndanse entre el pajonal— y arrió hacia donde iban los fugitivos.

Peño y el Tata Cura volvían atrás la mirada con frecuencia.

—¡Nos siguen!

—¡Y si nos agarran, nos matan!

—Pero les llevamos ventaja.

—¿Y la pistola, para qué crees que la tiene el sargento? —¡Chocho, Tatita! El fregado va a ser usted, sin quien le dé la ausolución, pero a mí me la da prontito que nos viene ganando distancia aquel jodido.

—¡Qué ausolución ni qué canilla de muerto! Lindo viento el que sopla. Desmontá pero lo que se llama ya.

Con su una mano el Tata Cura sacó su pedernal y mecha y su pedazo de acero.

—¡Tené la piedra y cuidado te vuelo la uña!

El otro manco comprendió la maniobra. Las chispas saltaban. El pajonal comenzaba a arder.

—¡Allá, aquel lado! —ordenaba el Tata Cura y repetían la operación.

Tres lenguas de fuego corrían como un rayo devorando paja seca, anchándose hasta formar una sola correntada de llama que levantaba un murallón de humo.

Los mancos habían montado de nuevo y desmontado más allá, y vuelto a encender chispas y prender el fuego.

Hemphill viró la carrera de su caballo. También por allí venía la llamarada. El fuego lo rodeaba. Venía crepitando alto, como quebrando latigazos largos, tronando. El horizonte se amarilleaba. El pánico se apoderó de él. Ya no manejaba las riendas, sólo espoleaba a su caballo.

El instinto de la bestia buscó seguro. Era una olla en medio del valle, una hondonada circular, como cráter a flor de tierra, sin vegetación. Relinchando llegó el animal.

Ya había otros refugiados allí: conejos, venados, arañas inmensas, chimbilicocos de a cuarta espeluznantes, y sierpes.

Horrorizadas se miraban las criaturas unas a otras, comprendiendo su riesgo común, ¡el fuego!

El crepitar y tronar se acercaba, y el vaho ardiente. Las cascabeles sonaban su sonaja. Era un temblor lastimero el de las patas de los venados ariscos en cuyos ojos de espejo se reflejaba lo bronceado del cielo.

Parecía un asalto de caballería el que se venía encima. Sobre el refugio saltó la llamarada del uno al otro borde de la olla.

Fue un salto como de cosa viva, salto de dragón alado.

Se sintió la sábana de fuego que onduló sobre aquel refugio.

Detrás del fuego cayó tormenta de ceniza cálida, negra.

Hemphill se empinó en los estribos y vio por un lado la desolación. Por el otro el incendio que se extendía.

¿Qué sería de su gente? ¿Qué del Tata Cura y del otro impedido? ¿Y para qué rumbo cogería? Pasado el terror de la quema, se horrorizaba ahora de sus prójimos las arañas peludas, los chimbilicocos diabólicos, las serpientes de gran tamaño.

Peño y el Tata Cura no se habían detenido para mirar a ningún lado. Cogieron derecho al norte, como quien de Estelí fuera a Condega; al anoecer tomaron el noreste, como quien fuera al Jícaro. Allí esperaron que pasara el general de regreso de su expedición.

LOS SANDINISTAS habían hecho una matanza enorme. Como a algunos se les acabara el parque, habían blandido los machetes y salido de detrás de los troncos que los amparaban, dispuestos a cargar contra los yanquis. Entonces fue que éstos emprendieron la fuga.

La carrera del sargento montado acabó con la moral de la escasa treintena de supervivientes, que se rindieron.

Los desarmaron a todos, los amarraron fuertemente por los codos con los brazos juntados detrás, los cargaron con sus propios rifles, y tomaron el rumbo de regreso tras de haber recogido las armas y el parque de los muertos que dejaban atrás.

Orillando el fuego avanzaron con cansancio.

—¡Quién nos batiera un tiste! —exclamaba uno.

—¡O que mi General nos dejara echarnos un trago!

—¿Y de dónde sacabas la cususa?

—Vayan alerta a ver si cogemos un venado asustado que destazar arriba —les decía Sandino, muy orondo en su mulita parda.

Divisaron antes que a venado ninguno al sargento Hemphill.

—¡Es yanque!

Una docena de rifles se elevaron y sonó la descarga casi unísona.

El caballito rodó por el suelo herido de las piernas y el marino atravesado del hombro.

La avanzada sandinista topó con Peño y el Tata Cura. Hubo abrazos jubilosos.

—¡Ahora sí que nos dimos gusto!

—¡Los yanques chillaban de espanto!

—¡Qué cachimbeada la que les dimos!

—¡Nosotros bramábamos de rabia!

Cerca había un ojo de agua. El grueso de los sandinistas pronto hizo presencia. Los prisioneros venían traserreños.

Sandino también se regocijó de ver a Peño y al Tata Cura.

—¡Son las manos de ustedes que han hecho esto!

Fue una victoria total.

Peño reconoció a Hemphill. Hemphill se le quedó mirando, atónito, comprendiendo de súbito que había sido engañado. ¡Los mutilados eran sandinistas!

—¿Y a ése cómo lo cogieron, mi General?

—Como a venado. ¡Lástima que le desquebrajáramos el caballo!

—Es sargento y sabe español, mi General.

—¡Tráiganme a ése! —ordenó Sandino.

Hemphill, a quien no habían amarrado, se acercó. Llevaba un brazo caído y la mano del otro brazo sobre el hombro lastimado.

—¿Usted habla español?

—Sí hablo.

—¿Qué vino a hacer usted a Nicaragua?

—Mandáronme, y obedecí.

—¿Y usted iba a Estelí a matarme?

—Sí iba.

—¿A matarme a mí? ¿A matar a Sandino?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque usted es mal hombre. Porque usted corta las manos.

—Es cierto. Yo les corté las manos a éstos.

—¿Y cómo son sus amigos?

—¿Para atraparlos a ustedes, los invasores? Ellos se dejaron cortar las manos.

—¿Verdad?

—Lo está viendo. Así peleamos, contra ustedes.

—¿Tanto nos odian? ¿Por qué?

—¿Por qué?! ¿No sabe usted lo que es patria? ¿No sabe lo que es honor? ¿No sabe lo que es libertad?

—Sí, pero usted es un bandido.

—En el otro mundo tal vez cambie usted de opinión.

—¿Qué quiere decir?

—Que aquí hay bestias para cargar los rifles. Ya no necesitamos a sus soldados.

—¿Nos va a soltar?

—Los voy a fusilar.

—¡Somos prisioneros de guerra!

—¿De guerra? ¿De cuándo acá? Si nos hicieran guerra: ¿no vendría la Cruz Roja? ¿No recogerían nuestros heridos? ¿No enterrarían nuestros muertos?

—Pero no es humano fusilarnos. Somos hombres. ¡Tenemos familiares!

—¿Y nosotros? ¿Somos fieras? ¿Sus aeroplanos tienen piedad?

—¡No es culpa mía!

—Lo sé. Lo sé muy bien. Por eso los fusilaremos a ustedes sin odio.

—¡Oh, no!

—Oh, sí, sargento, y no se intranquilice: usted quiso ser soldado. Yo no. Yo he tenido que ser soldado para defender a mi patria. Usted debió haber pensado que iba a morir cuando tomó enganche.

—¡Quería conocer el mundo!

—Usted debió haberse imaginado que en Nicaragua había patriotas cuando venía aquí.

—¡Me gusta mucho Nicaragua!

—Esas son bonitas últimas palabras, sargento. Las recordaré. Avíseles a sus compañeros.

La yancada levantó un coro de imprecaciones en su idioma. Unos lloraban como niños. Otros rugían como fieras.

—No, mi General, eso no es cierto. ¡No los va a fusilar usted a todos! —suplicaba el Tata Cura.

—A todos, padre.

—Llevémoslos prisioneros. Pongámoslos a trabajar. Pidamos rescate.

—Imposible, padre.

—¡Al sargento siquiera!

—A ése menos. Compréndalo usted. Es por usted, es por el capitán Peño. ¿Dónde vamos nosotros a guardar prisioneros? ¡Se nos escapan! Usted y Peño tienen muchos servicios que prestar, y si uno siquiera de estos gringos vuelve donde los suyos, ¿en qué queda el sacrificio de usted y del capitán? ¿O se imagina usted que me pasaré la vida mutilando a los míos? Los fusilo a éstos para salvar a la América Latina.

—Usted manda, General.

Los yanquis rehusaban ponerse en fila. Su alharaca era trágica. Agrupados los pasaron por las armas. Con su mano única alzada el Tata Cura les echaba absoluciones. Fue necesario hacerles varias descargas.

Sandino prohibió que se despojase de sus ropas y prendas a los cadáveres.

CUANDO LLEGÓ SANDINO a El Chipotón, ya estaba Pedrón Altamirano allí con su gente.

Sandino recibió el elemento de guerra capturado.

Después hizo pasar a Pedrón a su despacho.

Los dos hombres quedaron solos, frente a frente. El uno cargaba su machete. Era un hombrazo. El otro llevaba revólver al cinto. Era de complexión endeble. Se miraron largo rato, sin decirse palabra, sosteniéndose fieramente la mirada.

—¿Con qué ánimo ha venido aquí, señor Altamirano?

—Puej a quedarme, bajo una condición.

—Yo lo acepto, pero también bajo una condición.

—Juguemos los gallos tapados, a ver si quiere.

—Me cuadra.

—Mi condición es que yo seya general también. Sandino sonrió.

—Aceptado, general Altamirano, pero sepa y entienda que aquí mando yo. Mi condición es que usted deje de ser conservador y sea sólo nicaragüense.

—Queda hecho el trato.

Sandino arrugó el entreceño.

—¡General Altamirano! —dijo con voz altiva.

—¿Qué manda, mi General? —replicó el otro.

—¡Entrégue me ese machete!

Altamirano hizo un gesto de sorpresa, pero se desenfajó el arma lentamente y la entregó.

—Puede retirarse, general.

—¿QUÉ LE HUBO? —le preguntaban los suyos a Altamirano al verlo salir solo y desarmado.

—Que nos quedamos a las órdenes del General Sandino y ya no somos conservadores sino sólo nicas. ¡Tetelque el hombrecito!

—Lo que soy yo, me devuelvo —expuso uno de los de aspecto más fiero—, que conservador nací y conservador he de morir.

—¡Bruto! —le replicó Altamirano—. ¿Qué no nacistes nica, so bestia? De aquí no se va nadie, que mando yo y por sobre yo mi General Sandino.

—Sí así es la cosa —dijo el soldado— me quedo puej. ¡Sí sólo quería que me explicara cómo era la cuestión! ¡Tan caliente que se me puso, mi general!

Estaban en un extremo del corredor. Sandino apareció en el otro extremo.

—¡A formar, jodidos! —ordenó Altamirano.

Los treinta y tantos hombres de su séquito se formaron. Altamirano, al frente de ellos, saludó a Sandino.

—¡General Altamirano! —le dijo Sandino—. Quiero que usted porte mi revólver. Es un recuerdo de amistad que le doy. Hágame una lista escrita de sus soldados para incorporarlos al Ejército y vea que busquen acomodo.

—Gracias, mi General.

—Y vea, general Altamirano, si quiere buen rancho aquella muchacha es la Felícitas. Háblele bien del capitán Peño y verá qué bien le va.

—¿Queridita del coto, General?

—Esposa.

3

En Managua, a pesar de las historias que circulaban abultadas sobre las depredaciones sandinistas, se vivía en confianza. La marinería yanqui inundaba la ciudad. Noche a noche se sucedían los bailes en los clubes sociales, las parrandas en los barrios de prostíbulo que habían surgido al margen de la intervención. Corría dinero como en campamento de mineros en tiempo de bonanza. Después de los aciagos años de guerra civil, cuando todo se mantenía cerrado y el comercio languidecía, la intervención resultaba una lluvia de mayo reverdecidora de los campos. Los trenes llegaban llenos a Managua. Las fondas se multiplicaban. Las señoritas de la aristocracia managüense se disputaban el amor de los alféreces llegados de Annapolis para vigilar las elecciones. Casa Colorada, el pintoresco hotel tradicional para las lunas de miel, situado a pocas millas de Managua sobre fresca elevación de las

Sierras, era animado centro de prenupciales excursiones. A las salas de cinema iban con los marinos de su corte las más tímidas, las que no se atrevían a pasear en automóvil por el camino de Las Piedrecitas rumbo a Casa Colorada.

La campaña electoral estaba en su apogeo. Fluía guaro en abundancia. Los parques se cubrían de nativos que el vil licor había tumbado con “¡Viva el Partido Liberal!”. Los marinos que hacían de policía en la ciudad tomaban a diversión apalea borrachos y llevárselos en autobuses a la cárcel donde les aplicaban chorros de agua entre grandes risotadas.

El general Frank McCoy, del Ejército de los Estados Unidos, había asumido poderes dictatoriales en la Junta Suprema Electoral en la que también tenían sendos representantes los partidos históricos. La Junta estaba facultada para resolver por sí y ante sí cualquiera y todo caso que surgiera, y estas resoluciones podían ser tomadas por unanimidad o por mayoría, pero sólo constituía mayoría el voto de un partido más el del interventor yanqui; no era mayoría la unión de los dos partidos nativos en contra del tercero nombrado por el presidente Coolidge. Por lo demás, no se vio nunca que los nativos se uniesen.

Liberales y conservadores rivalizaban en sus periódicos diarios en quemar incienso al yanqui, injuriaban soezmente a los compatriotas del bando opuesto, y ambos se cebaban en Sandino a quien pintaban en tétricos colores.

Moncada era el más desvergonzado portavoz de todos ellos:

—La intervención —decía— sólo bienes nos trae. Hay siete mil hombres del ejército mejor pagado del

mundo que derraman su soldada en el país. Constituyen una escuela viva que nos está enseñando a ser civilizados. Y nos están mejorando la raza. Los grandes pueblos son los de ojos azules...

A Moncada lo escuchaban como un oráculo los periodiqueros liberales, los Hernán Rableto, los Juan Ramón Avilés, los Andrés Largaespada. Robleto aspiraba al nombramiento de ministro en México, Largaespada era candidato a diputado, Avilés se conformaba con pontificar. Los tres letrados sin estudio, estadistas necios, se ufanan de ser liberales y agotaban todos los recursos de su flaca retórica empeñados en probar que los conservadores respaldaban a Sandino. La prensa conservadora no les iba en zaga. Los periódicos de los Cuadra Chamorro, Chamorro Cuadra y Chamorro Chamorro, veían en Sandino a un “comunista mexicano”, azote de la Iglesia, mutilador de sacerdotes, producto liberal.

Sólo en una publicación, *La Tribuna* de Managua, en los artículos que escribía día a día Salomón de la Selva, y en los epigramas incendiarios que Carmen Sobalvarro mandaba clandestinamente desde El Chipotón y que aparecían los domingos, se respaldaba la actitud de Sandino, se calificaba de traidor a Moncada, se apuntaban los desmanes de la marinería yanqui. *La Tribuna* desentonaba en Nicaragua. Sobalvarro y de la Selva hablaban un lenguaje que no entendían sus compatriotas. El yanqui no estorbaba a de la Selva, antes bien tanto Eberhardt como Feland solían extremarse en cortesía para con el amargado y solitario sandinista que vivía en Managua.

ERA VALOR ENTENDIDO que las elecciones las ganara Moncada. Al votar los ciudadanos se les manchaba

la mano diestra con una tinta especial que duraba semanas en desteñirse. ¡Ay de quien no tuviera el estigma! Ese era sandinista declarado y llevado a la penitenciaría. Así se encarceló a centenares de inocentes. El cómputo de votos arrojó el mayor número de sufragios en la historia del país, y Moncada fue declarado presidente electo de Nicaragua.

—¡Lo felicito y me felicito! —le dijo Gioconda Castellón.

Para celebrar el triunfo se sucedieron bailes suntuosos en León, en Granada, en Masaya, y en Managua. A todos concurría la opulenta morena de ojos azules y carnes por reventar. Estaba orgullosa de la lujuria que despertaba, pero tenía ya infinidad de rivales dispuestas a no esperar que Moncada fuera presidente. Gioconda quiso, ante esa situación, “picarle la cresta al gallo”, como decía; darle celos a Moncada; y en uno de los saraos se dejó besar los hombros públicamente por Julito Benard, el dandy intérprete particular del general Feland.

—Le has cruzado el camino a mi tío —le dijo a Benard el sobrino de Moncada— y él no anda con contemplaciones.

—Pero hombre —procuraba explicar Benard.

—No hay hombre que valga. Te le atravesastes y mejor es que te hundás adonde no te vea cuando sea presidente.

—¿Y por qué no me defendés vos, hombré?, a vos te hace caso.

—El, ¡Güebington Avenue y Bergal Street!, no me jodás. A Benard se le aflojaron las canillas de terror. Era tan fácil hacerle daño a él, se decía. Bastaría una insinuación de Moncada para que Feland le diese de

baja. Y entonces, ¿qué sería de él? En aprender inglés, en aprender a bailar, se le había ido la primera juventud. La vida se le volvía amarga. Y lo peor era que cuando había intentado manosearle las tetas a la cabrona, ella le había dado sonora cachetada.

EN ESE ESTADO de ánimo Benard visitó a Salomón de la Selva, a quien frecuentemente consultaba sobre términos técnicos ingleses. Benard vació su amargura.

—Comprendete vos mismo —le aconsejó de la Selva—. Preguntate lo que sos.

—Nada. No soy nada...

—Sí sos. Sos un parásito.

—Tenés razón.

—Pues salvate.

—¿Cómo?

—Hacé de cuenta que sos un piojo, una liendre, una ladilla. Pegátele a Feland. ¿Qué hace la ladilla? Se le mete al hombre en la raya de los güebos. Así hacé vos.

—¿Pero cómo?

—Analicemos a Feland. Hacétele valioso. Agarralo por su lado flaco. ¿Le conocés sus defectos?

—Unos.

—¿Por ejemplo?

—Es vanidoso.

—¿Vanidoso! Pues qué más querés. ¿Cómo sabés que es vanidoso?

—Le revienta Eberhardt. No hay función en la que el presidente no vaya primero y Eberhardt a su lado, y después hasta el ministro de Honduras, todos los diplomáticos, y a la cola Feland. Sólo en aquel baile que le dieron a él cuando dijo que había acabado a Sandino era el niño de la fiesta ¡fíjate que la esposa le escribe y le escribe que quiere venir a Nicaragua, y él no la deja porque se siente humillado!

—Pues ya está, Julito. Vos sos el hombre de Feland.

Oí bien. Primero: Las misiones diplomáticas son de soberano a soberano. No hay diplomático yanqui en Jamaica. ¿Por qué? porque Jamaica no es soberana.

¿Entendés ese punto?

—Sí.

—Ahora, segundo: En Nicaragua hay una interposición de fuerzas armadas extranjeras que ejercen las funciones de ejército, de policía, y hasta judiciales. Por consiguiente, la soberanía de Nicaragua está en receso. ¿Comprendés? Porque, ¿cómo puede ser soberano un Estado que no tiene ejército propio, ni policía propia, ni justicia propia? Por consiguiente, no cabe misión diplomática yanqui en Nicaragua.

—Pero la hay.

—La hay, pero en calidad de prenda de que el país interpositor no pretende hacer definitiva y permanente su interposición. La Legación yanqui es sólo una promesa. Ese es el tercer punto. Ahora, el cuarto: Mientras la interposición dure, el verdadero representante del interpositor es el jefe de las fuerzas interpositoras. Ese jefe es Feland, y le corresponde rango de embajador.

—¡Embajador!

—Por encima de todos los ministros.

—¡Jobero!

—Andá y decíselo a Feland.

—¿Le digo que vos decís eso?

—Decile que así dice el derecho internacional.

—¡Me has salvado! —le dijo Benard a de la Selva—.

Feland está encantado. Quiere la cosa por escrito. Dice que lo vayás a ver, que cuando querrás te manda su auto.

—Ve, Julito, sabé ser ladilla, jodido. ¡No hay animal más calladito que ése! Sólo pica. Así sé vos.

—¡Si a nadie se lo he dicho!

—Escuchá, voy a redactar una consulta con los cuatro puntos que te expliqué ayer, y se la llevás a Chamorro que la firme como expresidente de la República y ex ministro en Washington y Europa. Que te la firme Cuadra Pasos, ex ministro de relaciones exteriores, y tu tío Salvador Castrillo Knox.

—¡Tu cuñado!

—No tengo amistad con él. Su padre fue un gran patriota, como el tuyo fue un sabio, pero todo está degenerado en Nicaragua.

—¿Firmarán?

—¡Claro que firman! Salvador porque sabe que así es, los otros porque ahora que suba Moncada quieren tener a Feland que los defienda.

Chamorro y Cuadra Pasos y Castrillo firmaron la consulta.

—¡Feland dice que vayás a verlo, hombré! —le dijo Benard a de la Selva—. Vieras que buen *whisky* se bebe. Y quiere hablar de literatura con vos. Es muy culto, ahí donde lo ves. Le podés sacar lo que querrás. Va a escribir un libro sobre Nicaragua. Yo creo que quiere que se lo hagás vos. Te paga lo que querrás. Te manda a decir que ahora ¿qué hace?

—Julitó, vas a ver a los liberales comer mierda.

—¡A ver!

—¿Qué diputados conservadores hay en quienes tengás confianza?

—Tengo tres.

—Pues ve, vamos a redactar una resolución exponiendo los puntos que han suscrito esos guanacos, y decretando por tanto que al mayor general Logan Feland se le rindan los más altos honores diplomáticos.

LOS LIBERALES se indignaron ante el proyecto de ley de los conservadores. Los diputados Sacasa, Largaespada, Abaunza, vociferaron en contra del servilismo del partido de Chamorro. Las barras aplaudían y los oradores se exaltaron más. Por mayoría abrumadora la resolución fue desechada. Fue una mañana tormentosa.

—Feland está que rabia. ¡Me mandó a los infiernos! —le dijo Julio Benard a Salomón de la Selva.

—Dejalo estar. Llamá pero lo que es ya a Tachito Somoza. Decile eso, que Feland hasta echa chispas, y que

se lo diga a Moncada. ¡Su propio vómito se van a comer los liberales! ¡Brutos que son!

En la sesión vespertina del Congreso se reconsideró el acta de la sesión anterior. El diputado Sacasa explicó que el Partido Liberal, único que representaba al país, no tenía sino muestras de agradecimiento para el hermano mayor de la familia americana. El diputado Vargas manifestó, también en nombre del liberalismo, que se le debía a un tan alto militar como el general Feland, todo honor y toda consideración. Las barras aplaudían.

Por unanimidad de votos decretó el Congreso de Nicaragua que al Jefe de las Fuerzas Americanas se le reconociese rango de embajador, pues que estaba en el país al frente de misión especial.

—No te tengás lástima de ser inútil —le dijo de la Selva a Benard—. Sos un piojo, pero todo ese Congreso junto vale menos que vos. “¿Por qué no vas a darte una vuelta por Holanda, para conocer la tierra de tu madre? No sería mala idea... Pensalo”.

4

En Managua hacía una noche espléndida. De las sierras soplaba un aire fresco que acariciaba a la ciudad indigna y rizaba la superficie plácida del lago. En los salones del Gran Club se daba fastuoso baile en honor de la señora de Feland, recién llegada. Eberhardt no asistió.

En El Chipotón las veladas eran largas. Llovía noche y día. Cabrerita se hacía una sola pieza con su guitarra criolla de cuerpo esbelto:

*¡Augusto César Sandino,
por los aires, tierra yagua,
con valor ha defendido
a su patria Nicaragua!...*

EL PLEITO ENTRE Eberhardt y Feland se fue acentuando. El Senador Burton K. Wheeler visitó Nicaragua en cuestión de horas. A la prensa de su país hizo declaraciones:

“Volé sobre Nicaragua y estuve en su ciudad capital. No vale todo ese país la vida de un solo marino americano. Nicaragua es lo peor y último de la tierra”.

Poco después Eberhardt fue trasladado a Costa Rica y Feland a San Diego, California. Llegó un nuevo ministro. Llegó un nuevo comandante en jefe de marinos.

En El Chipotón no amainaba el diluvio.

—Veya, mi general —decía Altamirano—, como los yanques comenzaron cortando cabezas, y como andan torturando a machetazos a nuestra gente, puej entonces ya yo perfeccioné la cosa: son dos golpes dados seguiditos en lo que uno parpadeya, y abajo cabeza con el tronco en punta. Con el primer jodido yanque que cojamos le enseño el corte de chaleco. ¡Es mi pura invención!

—Sí, general —respondió Sandino—. ¡Pero oiga esa lluvia! ¿No le parece que fuera una gran caballería? Como que de ultratumba vinieran con Bolívar al frente de los libertadores...

—¿Y si no, General?

Sandino agachó la cabeza y parecía que lloraba.